

EL SECRETO DEL REAL BOSQUE

Hadas, Ingenieros y la Magia de Villaviciosa de Odón



**REAL
BOSQUE**

El Forestal - Villaviciosa de Odón

La historia de un bosque tan real como mágico



AUTORA:
Desiree Torano Cabezas

Capítulos

EL COMIENZO	3
SEÑORES, CONDES Y SECRETOS DE PIEDRA	4
OTRA LEALTAD, OTRO DURO GOLPE	6
LOS NUEVOS COMIENZOS	7
LAS LUCES DEL BOSQUE	8
EL REAL BOSQUE Y EL SECRETO DE LAS HADAS, UN REGALO DE FELIPE V	16
MELANCOLÍAS REALES BAJO LAS ESTRELLAS DE VILLAVICIOSA	18
EL INFANTE QUE MÁS AMABA ESTA VILLA	19
GENERAL MANUEL GODOY	21
EL BOSQUE DE LOS INGENIEROS Y LAS HADAS	22
LAS PRÁCTICAS DE CAMPO CON BERNARDO DE LA TORRE	25
DE LO QUE NO SE HABLA NO EXISTE	35
EL ACUERDO	37
UN ARBORETO ÚNICO	47
LA PRIMERA PROMOCIÓN	50
MÁS DE 20 AÑOS DE ESCUELA	52
UN AMIGO QUE SE VA	53
LA ESCUELA SE TRASLADA	57
LAS SIGUIENTES DÉCADAS EN EL CASTILLO	62
LA ESCUELA DE CAPATACES Y EL IES	63
LA MAGIA DEL REAL BOSQUE, EL FORESTAL	65
Glosario de términos	68
RESEÑA HISTÓRICA DE VILLAVICIOSA DE ODÓN	69

EL COMIENZO

Bajo la luz dorada del atardecer, cuando los últimos rayos del sol acarician las almenas del castillo y el río Guadarrama susurra con su cauce a las criaturas, Villaviciosa de Odón se presenta en este cuento. Estas páginas huelen a tierra mojada, a vino espumoso, a tinta de historia y a resina de árboles que vinieron de otros lugares a crecer en la villa.

Antes de que existieran reyes cristianos o castillos de piedra clara, mucho antes de que los niños persiguieran hadas entre los árboles, aquí, en Villaviciosa de Odón, se construyó Calatalifa, el «Castillo del Califa». Una fortaleza de ladrillos rojos como el atardecer, construida por orden de Abderramán III (primer califa omeya de Córdoba), hijo de Muhammad, príncipe del emir omeya 'Abd Allah, que conquistó gran parte de la península ibérica, ciudad por ciudad, llegando a ser, durante cincuenta años, uno de los hombres de la dinastía omeya árabe más importante del siglo X.

Los cronistas árabes cuentan que el califa, camino de la batalla en el año 939, vio cómo el sol se oscurecía de repente; un eclipse total se tornó ante sus ojos, el cual interpretó como una señal.

—¡Aquí!

Ordenó el califa, y nació Calatalifa, guardiana del camino entre Toledo y la sierra.

Durante más de cien años, en Villaviciosa de Odón, los muros del califa oyeron rezos en árabe, el repique de campanas cristianas y las discusiones en hebreo de los mercaderes, porque fue pueblo de las tres culturas. Los niños jugaban entre higueras, mientras los sabios estudiaban las estrellas desde sus torres.

Pero la guerra lo cambió todo: cuando Alfonso VI conquistó Toledo en 1085, Calatalifa pasó a manos cristianas. Poco a poco, como un sueño que se desvanece, la fortaleza se fue quedando vacía, hasta que solo quedaron sus sombras.

Hoy, si caminas por el cerro donde estuvo Calatalifa, quizá encuentres un trozo de cerámica brillante entre la tierra, un guiño del pasado, o sientas una brisa cálida en pleno invierno, como si las paredes invisibles aún guardaran el calor de aquellos hogares.

Los arqueólogos siguen encontrando tesoros: monedas que rodaron entre dedos olvidados, llaves que abrieron puertas desaparecidas... cada hallazgo es una palabra más en esta historia.

SEÑORES, CONDES Y SECRETOS DE PIEDRA

Tras el ocaso de Calatalifa, cuando solo quedaban sus sombras acurrucadas en la colina, la tierra de este espacio emblemático guardó un secreto durante cuatro siglos: esperó paciente a que nuevos tiempos de nobles con poder y sueños de grandeza construyeran un nuevo legado.

A finales de la Edad Media y en el casi inminente comienzo de la Edad Moderna, concretamente en 1459, la pluma de un escribano trazó sobre pergamino, el nombre que daría origen a una pequeña parte de nuestra historia. En el trazo de aquel escrito, como un susurro del pasado, se lee el originario testimonio de Odón, el primer nombre de estas tierras. Así, entre líneas amarillentas, comenzó una parte del nombre de este cuento.

Fueron los marqueses de Moya, Andrés y Beatriz, en 1496 (¡la mismísima amiga íntima de la reina Isabel!), los que llegaron a Odón y decidieron que la historia de este lugar merecía ubicar en un estratégico emplazamiento un nuevo castillo.

Decenas de canteros tallando blasones, carretas cargadas de granito traído desde la sierra, y las aldeanas y aldeanos de Odón mirando asombrados cómo las torres de un nuevo símbolo crecían día a día.

Fueron años duros; un castillo de esta magnitud no podía construirse en meses, se necesitaban años, manos que pudieran tallar el emblema de nuestra tierra, y cuidados, muchos cuidados para que nadie que formara parte de aquel entramado de la edificación

se enfermara, retrasando así la construcción. Todo el pueblo se involucró de una manera u otra en aquella obra y, tras muchos años de construcción, el nuevo castillo de Odón se alzó orgulloso, con sus fosos profundos y ventanas góticas que miraban al bosque.

Andrés y Beatriz tuvieron ocho hijos, pero solo el tercero de ellos, Fernando, heredó la villa de Odón, y, aunque todo parecía haberse tornado en un sueño hecho realidad, la historia y los cuentos siempre traen consigo algún que otro giro dramático.

En 1521, tras una subida de nuevos impuestos por el recién llegado al poder, el emperador Carlos I, los nobles castellanos en desacuerdo con esta imposición, se manifestaron en contra de estos nuevos impuestos. Tratando de buscar una alternativa al trono, se declaró la Guerra de las Comunidades. Esta guerra, que comenzó en Segovia y se extendió por la península, hizo que los comuneros (nobles castellanos), enfurecidos contra el poder real, asaltaran la fortaleza del castillo de Odón.

¡Las paredes del lustroso castillo, recién construidas, sufrieron su primer golpe!

Fernando, el heredero del castillo, que permaneció fiel a Carlos I y a sus decisiones impuestas, tras sufrir aquel asalto en su herencia, demostrando lealtad al emperador, recibió un reconocimiento, siendo nombrado conde de Chinchón. Fue entonces cuando trajo consigo una dinastía de condes y condesas a la villa de Odón.

Tras el primer conde de Chinchón, Fernando, llegó el segundo y después llegó el tercero, Diego Fernández. De este conde sabemos que en 1590 tuvo contacto con Juan de Herrera, reconocido profesionalmente dentro de la arquitectura renacentista hispana, al cual se le atribuyen obras como la del mismísimo Escorial, al que pudo encargar la reconstrucción del castillo, añadiendo la torre cuadrada, llamada la torre del homenaje.

Tras el tercero, llegó el cuarto conde, que gobernó en Perú y trajo a España noticias de imperios lejanos; se cuenta que sus propiedades guardaban tesoros exóticos en cada uno de sus rincones.

Y, al morir el quinto conde, Francisco, sin descendencia legítima, el condado pasó a su prima Inés.

El escudo de los Chinchón permaneció en la villa de Odón durante más de un siglo.

A principios del siglo XVIII, España vivió un conflicto significativo por el trono. El rey Carlos II, conocido como «el Hechizado», murió sin hijos, dejando un vacío de poder. En su testamento nombró como sucesor a Felipe de Borbón, un príncipe francés con raíces españolas.

Aunque esta decisión no fue aceptada por todos, ya que el archiduque Carlos, de la familia de los Austrias, también reclamó la corona.

Esta controversia desató una guerra que duró casi tres años, la Guerra de Sucesión, un enfrentamiento sangriento que dividió a la mismísima Europa.

Finalmente, tras largas negociaciones, se acordó la Paz de Utrecht en 1713, y Felipe V (Felipe de Borbón) fue reconocido rey, comenzando en España una nueva etapa bajo la dinastía borbónica hasta nuestros días.

OTRA LEALTAD, OTRO DURO GOLPE

Durante la Guerra de Sucesión, el pueblo de Odón, que profesaba su lealtad a Felipe V, volvió a sufrir la embestida de los conflictos. Fueron varias las ocasiones en las que llegaron hasta aquí las tropas del archiduque Carlos, saqueando sus calles y quemando sus cosechas, sembrando el pánico en el pueblo. Las niñas y los niños se escondían en las cuevas; el campesinado lloraba las pérdidas de sus cosechas, y las personas mayores suplicaban piedad mientras veían sus casas arder en llamas. La tristeza de ver tu historia y tus recuerdos esfumarse entre el humo de los incendios.

Pero, como la tormenta después de una noche de verano, llegó la calma, y Felipe, reconociendo su devoción y el sacrificio de pagar con sus pertenencias la lealtad a la corona, como recompensa, liberó a Odón del pago de impuestos durante varios años.

Tanta fue la gratitud real que, en documentos oficiales, comenzaron a alternarse los dos nombres, y el pueblo empezó a ser llamado Villaviciosa de Odón, un título que completó el nombre de la historia de nuestra villa.

Para las personas a las que os gusta conocer el origen de los nombres, os contaré que Villaviciosa significa «villa» por su importancia, «viciosa» por su abundancia (del latín *vitiosus*, es decir, lleno de vida y virtudes), y «de Odón» para no olvidar sus raíces. Este nombre no fue al azar, pues fue un obsequio para honrar la fertilidad de sus tierras, la claridad de sus aguas y el carácter festivo de sus gentes.

Con la llegada de los Borbones, España tomó un camino diferente. Las costumbres austriacas, tan ceremoniosas, dieron paso al estilo francés, con la mezcla característica de elegancia, lujo y sofisticación. Hasta los lugares de descanso de los reyes se transformaron.

Buscando sitios cercanos a Madrid y con clima agradable, entre jardines y palacios, asomó un nuevo periodo para la villa.

LOS NUEVOS COMIENZOS

Los reyes Felipe V e Isabel de Farnesio eran ávidos amantes de la naturaleza. Disfrutaban cabalgando con sus hijos por los bosques, donde valoraban la sombra de los árboles frondosos, el discurrir de los arroyos y la riqueza de su fauna. Al descubrir que la villa, llena de tales encantos y parte del condado de Chinchón, estaba en venta, la reina Isabel no dudó en animar a su hijo, el infante Felipe, a comprarla.

—No es solo un terreno lleno de lugares mágicos que recorrer, Felipe; también es un título nobiliario para vosotros, un nombre de prestigio en el país y un honor para la corona —le dijo Isabel a su hijo.

Felipe, con la ayuda de su madre Isabel, tras largas conversaciones para no equivocarse en su inversión, compró las tierras de Villaviciosa a los condes. Y así, sin quererlo, los muros que habían visto guerras se convirtieron en escenario de fiestas ilustradas donde se oía música de violines y debates sobre política y ciencia.

LAS LUCES DEL BOSQUE

Una noche de luna llena, Isabel, que se movía de un lado a otro en su lecho del castillo, abrumada por la conexión y sincronía que tenía con la luna llena desde la infancia, decidió tomar su bata de la butaca que había a los pies de su cama y salir a pasear por el bosque que rodeaba el castillo. Se fue descalza; comprendía que el contacto de sus pies descalzos con la tierra calmaría su estado alterado de insomnio. Estos estados eran tan comunes en ella en las noches de luna llena, que sabía lo que tenía que hacer para recobrar el sueño.

«Saldré unos minutos a pasear por el bosque; la luna siempre reclama mi presencia; dedicarle mi paseo y mi vigilia hará que el cuerpo deje de sentirse agitado y pueda dormir, al menos un par de horas más».

Como no conocía muy bien el bosque, siguió el sonido del Arroyo de la Madre. «Será un buen paseo bajar hasta el arroyo, reposar los pies descalzos y volver a subir al castillo», pensó.

Llegó hasta el arroyo, se quitó la bata dejándola posada en una rama que caía casi hasta tocar el suelo, hundió sus pies en el agua, cerró los ojos y respiró profundamente, inhalando el aire por la nariz y exhalándolo por la boca hasta diez veces. Al exhalar la décima inspiración, algo se le quedó atascado en la garganta, como si de un hueso de cereza se tratara. Comenzó a tocarse el cuello, intentaba gritar, pero no podía. Asustada y viendo pasar los segundos como si fueran horas, empezó a sentir que la vida se le escapaba y que aquel momento en el bosque, sobre el arroyo, serían sus últimos instantes de vida. Se puso de rodillas y, mientras brotaban lágrimas de su rostro plateado por el resplandor de la luna, cayó de bruces al arroyo.

Cuando se despertó, aún era de noche; tenía el pelo mojado; la luna alumbraba su cuerpo como si de un foco de escenario se tratase; aún conmovida por lo vivido, permanecía tumbada sobre la tierra; su piel estaba seca, envuelta en la bata que había dejado sobre la rama; ahora el arroyo se encontraba a escasos metros de sus pies.

Al abrir los ojos, varias luces diminutas pero brillantes, revoloteaban a su alrededor y un murmullo de palabras, dulce y extraño, flotaba en el aire. De repente, como si su oído hubiese aprendido un nuevo idioma, comenzó a entender lo que aquellas luces charlaban delante de su cara.

—Me encanta su pelo y su piel. ¿Y qué me decís de su rostro, alumbrado por tu madre Celeste? Parece de plata, no, de plata no, parece de mármol, tallado —dijo Elara.

—Shhhh, calla, no hables tan alto que la vas a despertar Elara. Déjala descansar un ratito más —susurró Náyade.

—Bueno, que ya va siendo hora; en breve amanecerá y, si no la encuentran en el castillo, vendrán a buscarla por aquí muchas personas y pasaremos el día escuchando gritos llamándola, sintiendo el retumbar de sus pisadas, las de ellos y las de los cascos de los caballos, y aplastarán las flores que con tanto esmero ha hecho crecer Flora; también vendrán los perros y alterarán a todos los animales, y eso es mucho trabajo para nosotras Náyade —advirtió Aurora.

Isabel, que no podía entender aquello, pensaba que la caída le estaba provocando alucinaciones, pero este pensamiento no pasó desapercibido para las luces parlantes, y una de ellas se dirigió a la reina.

—Hola, Isabel, perdona que no nos hayamos presentado. La que se ha quedado prendada de tu belleza es Elara, hada de la belleza de la naturaleza; la que tiene prisa por que te vayas al castillo es Aurora, hada del sol; y ella es Náyade, hada del agua, y yo me llamo Celeste, soy un hada de la luna.

No has tenido ningún golpe, te encuentras bien; no somos alucinaciones, somos las hadas de este bosque, que en luna llena nos reunimos aquí para tratar los asuntos del bosque que cuidamos.

Isabel, que se había percatado de que todo lo que pasara por su cabeza iba a ser escuchado por aquellas luces que decían ser hadas, se atrevió a preguntar:

—¿Qué me ha pasado? Lo último que recuerdo es que estaba en el arroyo, respirando para calmar el estado que me producen las noches de luna llena, inspirando y espirando con los ojos cerrados cuando en una de las espiraciones, he comenzado a ahogarme.

—Sí, nosotras también te hemos escuchado; bueno, yo concretamente, te he visto. Como me muevo por la iluminación de la luna, he podido ver que estabas en el arroyo, descalza, respirando, y cuando he visto mi reflejo en tus lágrimas, he llamado a mis hermanas para que vinieran a socorrerte —dijo Celeste.

—Bueno, en realidad yo también te estaba sintiendo; me muevo por los arroyos de este lugar, me encargo de que el agua no deje de fluir, ni debajo ni sobre el suelo, y justo estaba rozándote los pies cuando has caído de rodillas al arroyo —añadió Náyade.

Isabel, que seguía sin saber qué era lo que le había pasado, probó a formular otras preguntas un poco más sencillas.

—¿Cómo he salido del arroyo? ¿Y mi camisón? ¿Por qué solo llevo mi bata puesta?

—Es que, al caer al arroyo, te has empapado entera y, entre mis hermanas y yo, te hemos quitado el camisón, te hemos secado y te hemos puesto la bata que habías dejado en la rama junto al río —explicó Elara.

—Pero... ¿cómo me habéis sacado del arroyo y habéis hecho todas esas cosas conmigo, siendo unas luces tan minúsculas? —preguntó Isabel.

—Somos hadas, Isabel —respondieron las cuatro hadas casi a la vez y, al escucharse, rompieron a reír con sus risitas de hadas.

—Sí, sí, eso me lo habéis dicho, pero es que no llego a comprender cómo habéis podido sacarme del arroyo y traerme hasta este claro, cambiarme la ropa y despertarme... Bueno, despertarme sí sé cómo lo habéis hecho —insistió Isabel.

Isabel, que quería respuestas claras, sentía que cada pregunta que hiciera tendría una respuesta aún más disparatada. Como ya se encontraba más despejada, se incorporó para sentarse en el claro donde las hadas la habían tumbado; —quizá en esta posición podría entenderlas un poco más—pensó Isabel.

—En realidad has tenido mucha suerte, estábamos todas cerca de ti. Las noches de luna llena hacemos una ronda de cuidados, cada una de nosotras en su materia, se encarga de que haya armonía en este bosque. Por ejemplo, Flora vela por que todo se encuentre en equilibrio en el reino vegetal; los árboles y las flores le cuentan a Flora cómo se sienten. Lo cierto es que los árboles más longevos siempre están deseando relatarle sus historias. ¿Has hablado alguna vez con los árboles de aquí? —preguntó Aurora.

—No, todavía no he tenido el placer —dijo Isabel, pensando para sus adentros: «¡Ah, que los árboles también hablan!».

—Claro que los árboles hablan —sonrió tímida Elara—. Todos los seres tienen su belleza natural y es con ella con la que se comunican nosotras; bueno, también se comunican con quien tiene el cuidado y el cariño de querer escucharlos. Por este motivo, no todos los seres pueden hablar con ellos.

Isabel, que ya había decidido que esta historia iba a cambiar su vida por completo, hizo una nueva pregunta, esta vez siendo lo más concreta que pudo:

—Vale, ¿y quiénes y cómo me habéis traído hasta aquí?

—Fácil: Náyade empujó el agua del arroyo, mientras Elara sostuvo tu belleza natural; con la luz de la luna que yo misma alumbré, el viento que movió Vidia y la ayuda de Flora para colocarte en un manto verde adecuado, logramos sacarte del arroyo —explicó Celeste.

—¿Y dónde están el resto de hadas? Vi, Vi...

—¿Vidia y Flora? —preguntó Celeste, sonriendo de par en par—. Están en la ronda. Flora tenía que seguir inspirando a las semillas para que broten; es primavera y los nacimientos se dan por miles, necesitan atención y cuidados, ella es un hada de la tierra. Vidia, en primavera, mueve las nubes para que se den las lluvias; el viento es muy importante en todas las épocas del año. Como ya habrás descifrado, Vidia es un hada del viento.

Isabel, que ya se había rendido a aquellas pequeñas luces que reían y sonreían con vocecitas diminutas que contaban historias del bosque y que le habían salvado la vida, hizo una nueva pregunta, esta vez con el deseo de conocer más acerca de ellas.

—¿Hay más hadas aparte de vosotras seis?

—Sí, somos unas cuantas más; en realidad, todas las cosas pueden albergar un hada en su interior, pero en este bosque solo estamos nosotras y Lyra, que es un hada de la música —respondió Náyade.

—Ya veo, ya, pero si todas las cosas pueden tener un hada dentro, ¿yo también podría ser un hada? —preguntó Isabel.

Las carcajadas de las hadas no se hicieron esperar; se reían moviéndose en el aire, tintineando con su luz, erráticas y risueñas: un espectáculo de pequeñas luces. Al cabo de unos minutos, consiguieron aguantarse la risa.

—Técnicamente, tú eres una humana, un ser de este planeta con sus propias inquietudes, vivencias y necesidades, tal como lo son todos los seres del planeta. Si alguna de nosotras decidiera meterse en tu interior, podríamos hacerlo, pero nunca podrías ser un hada, porque tú vives en este mundo visible y formas parte del ecosistema en el que te encuentras. Nosotras formamos parte del mundo invisible, y es precisamente por ese motivo por el que podemos encontrarnos en cualquier sitio, siempre que haya un motivo de peso para ello, claro —explicó Elara.

—Comprendo, entonces, ¿es por eso que solo puedo ver de vosotras una luz y no vuestra verdadera forma? —inquirió Isabel.

—Hola, Isabel, soy Vidia —se presentó Vidia.

Isabel escuchaba su voz, pero no conseguía reconocer en aquella voz una nueva luz; sin embargo, sintió el viento en su cara, cálido, acogedor, y cerró los ojos para deleitarse en esa brisa.

—Soy el viento o formo parte de él, pero también puedo ser árbol y, al mecer sus ramas, hacerlas cantar conmigo; puedo ser nube y, al juntarme con otras, generar un estruendo, lanzar relámpagos o invocar a la lluvia. En realidad, no tenemos una forma única; somos lo esencial, que es invisible a los ojos de muchos seres, pero no somos del todo invisibles, pues podemos tocarte con el viento o el agua, mecerte el cabello con la brisa, alumbrarte por el día con los rayos del sol o guiarte por las noches con la luz de la luna. Podemos

incluso susurrar a tu oído con la brisa y despertar en tu corazón una melodía que te haga bailar, ya sea de alegría o de nostalgia. —dijo Vidia.

—¿Y cómo es posible que al resto de tus hermanas pueda verlas en forma de luz y a ti no? —preguntó Isabel.

—Si puedes, mira —respondió Vidia.

En ese momento, la brisa que había acariciado la cara de Isabel se transformó en un sorprendente remolino delante de sus ojos, el cual se iba haciendo más y más pequeño hasta que se convirtió en un destello que comenzó a alumbrar también su rostro, tal como hacían las otras cuatro hadas.

—Ves, ahora puedes verme como a mis hermanas, y aunque no solemos hacerlo, solo en ocasiones muy especiales podemos presentarnos a los seres a través de las manos que ilustran o de las que esculpen —dijo Vidia.

—No sé a qué te refieres, Vidia, no creo haber visto nunca una escultura o una ilustración de un hada —confesó Isabel.

—Comprendemos, no tienes por qué saberlo; trataré de describirme en función de lo que para ti es visible a los ojos. Mi cuerpo es menudo y brillante, como una luciérnaga vestida de sueños. Mido lo que tu palma, quizá menos, y mi piel brilla con la luz de la luna. Mis alas son como pétalos de cristal; zumban tan rápido que solo verías destellos si volase lejos de ti.

Nuestros ojos son inmensos y brillan como gemas; son con los que vemos y hacemos la magia que muchos no pueden percibir. Nuestro cabello cambia de color con las estaciones del año, y si nos enfadamos, ¡podemos llegar a ponernos de color púrpura como una zarza al madurar!

Las hadas somos distintas según de dónde somos: las de la tierra son verdes y doradas, las del sol son como copos de luz vivientes; cada una de nosotras es única y no tiene reemplazo posible —describió Celeste.

Isabel, asombrada, imaginándose la descripción de las hadas, se preguntó para sus adentros si las hadas podían morir.

—Sí, Isabel, podemos morir; como cualquier ser, podemos dejar de existir. Y no hay mucha diferencia entre tu especie y la nuestra, ya que todos necesitamos de los bosques para sobrevivir, necesitamos su abundancia para comer, su abrigo para resguardarnos del calor o sus suelos y microbiología para curarnos. La única diferencia es que nosotras morimos en el mismo momento en que los bosques que habitamos se mueren, cuando sus ríos y arroyos se secan, morimos cuando la tierra se agrieta, las raíces se arrancan o los animales se enferman y sus poblaciones desaparecen de la tierra; este es nuestro hogar, si él desaparece, nosotras también lo haremos —respondió Náyade.

Isabel mostraba ahora un rostro triste; marcado por la luz de la luna, podía verse reprimir en él un gesto de aflicción.

—Perdonadme, no pretendía ser indiscreta, no quería haceros pasar un mal rato.

—No te preocupes, Isabel, conocemos nuestras fortalezas, pero también conocemos nuestras debilidades; todas las tenemos y ser conscientes de ellas nos hace más fuertes, nos hace querer seguir cuidando con mucha atención este hogar, este bosque; por eso te hemos salvado, porque todo el que forma parte de él también forma parte de nuestros cuidados —dijo Celeste.

Isabel, tras escuchar la respuesta a la pregunta que llevaba tiempo tratando de que le contestaran las hadas, abrió los ojos como las puertas de una iglesia los domingos, sonrió y se dirigió a ellas.

—¡Gracias! gracias a todas por haberme salvado la vida, por haberme secado y haberme cuidado; no tengo palabras para agradecer tantos cuidados a una persona a la que no conocíais de nada.

—Sí te conocemos, Isabel; te hemos visto cuando has recorrido este bosque con tu marido e hijo al trote con vuestros caballos; todas las personas que cruzan este lugar son acompañadas por los árboles y las flores, el viento, el sol o la luna, el río y los animales;

en definitiva, por nosotras, así que técnicamente no eres ninguna desconocida —dijo Aurora.

Aurora, tras una sonrisa sonora, se puso seria y su luz dejó de tintinear para aconsejar a Isabel.

—Creo que deberías emprender el regreso al castillo; nos encanta conversar contigo, pero en breve va a amanecer y si no estás, empezarán a buscarte. Es primavera: las semillas esperan para brotar, las mamás animales esperan para dar a luz a sus pequeños, las aves necesitan acicalar sus nidos para que sean fuertes y aguanten las lluvias de abril, las margaritas crecen, incluso entre las piedras; las rocas esperan cargarse de la energía del sol y la luna; todo aquí es una explosión de vida y nos gustaría poder atenderlos a todos.

—Tienes razón; no puedo permitir que salgan a buscarme, y tampoco puedo llegar de día al castillo; debo ser sigilosa y no dejar ningún vestigio de haberme caído al arroyo; si no, me harán muchas preguntas y no tengo yo el cuerpo para responder a nadie después del susto —respondió Isabel.

Levantándose del suelo de manera lenta y pausada, se recogió el pelo mojado y se abrochó un poco más la bata. Tímida pero decidida a no alejarse de ese nuevo mundo que acababa de descubrir, un mundo de hadas y secretos en aquel hermoso bosque, les preguntó:

—¿Podré volver a veros?

De repente, la luz del amanecer se abrió paso en el horizonte y Aurora con su voz de “calor naranja” le dijo a Isabel:

—Querida Isabel, la certeza de un nuevo amanecer acompaña cada día nuestra incertidumbre; por eso, sin incertidumbre, la vida se vuelve aburrida, sin sabor ni alegría. La incertidumbre no es el enemigo, es el punto de partida de toda posibilidad.

¡Que tengas un seguro regreso al castillo!

Sin decir nada más, las hadas del bosque, tintineando su luz y transformándose cada una en sus formas naturales, volvieron a sus cuidados.

Isabel recogió su camisón mojado con cuidado y a prisa para no toparse con el cambio de guardia, volvió al castillo y se escurrió sigilosa hasta su habitación. Su hijo Felipe, que dormía como un bebé, no se percató en ningún momento de la noche que, su madre había salido y entrado en el castillo con un nuevo camisón seco y limpio.

Al cabo de treinta minutos, los rayos de sol entraron por la ventana. Isabel, que no había dormido nada desde que llegó del bosque, pensaba si sería buena idea contarle a su hijo Felipe lo que había vivido.

Debatiéndose entre las dudas, un rayo de sol atravesó las cortinas y fue a parar justo a su mesita de noche. Sacó una mano de entre las sábanas e intentó tocarlo; al sentir la calidez de la luz, giró su mano hacia un lado y hacia otro, y recordó las palabras de Aurora: «La incertidumbre es el punto de partida de toda posibilidad». Fue en ese instante cuando decidió que, en vez de contarle a su hijo o a su marido lo vivido, ayudaría a que ese lugar, donde había tenido aquella experiencia tan mágica, pudiese prevalecer en el tiempo, para que así las hadas del bosque pudieran ser eternas.

EL REAL BOSQUE Y EL SECRETO DE LAS HADAS, UN REGALO DE FELIPE V

Pocos días después, el bosque que rodeaba al castillo cambió el destino del pueblo.

En la primavera de 1739, el propio rey Felipe V, asombrado por los relatos que le contaba su esposa —las puestas de sol, la riqueza, la abundancia y la belleza indiscutible de aquel lugar del cual se había enamorado—, decretó:

«He decidido que el Bosque de la villa de Odón, el cual pertenece al infante don Felipe, mi hijo, con sus límites y futuras ampliaciones, sea Real Bosque, con todos sus privilegios y libertades».

El decreto real del siglo XVIII transformó para siempre la villa. Con la llegada de la Familia Real y su corte, el lugar adquirió un nuevo esplendor que se reflejó tanto en sus habitantes como en su arquitectura. Las amplias casonas señoriales, construidas durante este periodo, se rodeaban de productivas huertas donde crecían hortalizas y frutales, testimonio de una época de prosperidad.

El carácter abierto y acogedor de sus gentes se forjó en aquellos años, mientras el trazado urbano adoptaba una elegancia discreta pero distinguida. Calles empedradas, patios sombreados por árboles generosos y fachadas de noble sencillez quedaron como legado de aquel tiempo memorable.

Los villaodonenses sintieron este título como un reconocimiento a su historia, como un legado fiel a su trabajo y cuidado de la tierra; pero no fueron los únicos que sintieron el nuevo latir de este nombramiento.

Al declarar el bosque como Real Bosque, algo mágico latió bajo las raíces de los olmos y las flores de los senderos; aquello que permanecía invisible a los ojos cobró identidad. Aquel nombramiento real no era solo un decreto firmado; aquel título era una invitación para que lo más invisible encontrara la manera de ser visible, para que la vida más pequeña y tímida fuera accesible para quien dedicase parte de su tiempo a la vida del bosque.

La corte y los villaodonenses pensaron que, con este título, el rey protegía un espacio natural para que su hijo pudiera cazar, con sus zonas de monte bajo, claros y áreas con agua, adaptándose a las necesidades de la fauna y a las diferentes técnicas; con sus senderos y sus arbolados densos, con refugios para los animales y zonas donde estos pudieran encontrar alimento. Pero las fuentes, los árboles y sus raíces, los senderos y paseos, el viento, la luna y el sol, e incluso el mar, sabían que, sin quererlo, esta proclamación suponía una declaración de cuidados al Reino de las Hadas.

«Cuando la luna llena se refleja en el Arroyo de la Madre, si miras por el rabillo del ojo, verás moverse las sombras de los árboles, pero no por el viento. Son las hadas del Real Bosque, que llevan vestidos de musgo y coronas de escarcha; mientras el bosque sea cuidado, ellas protegerán sus secretos».

MELANCOLÍAS REALES BAJO LAS ESTRELLAS DE VILLAVICIOSA

Entre las paredes del castillo de Villaviciosa y la olmeda de su Real Bosque, el tiempo ha guardado como un tesoro los suspiros de la realeza. Este lugar, testigo mudo de justas y festines, vio pasar los corazones de reyes, infantes y damas que aquí escribieron sus historias de amor, tragedias y sueños.

La noche del 9 de julio de 1746, cuando la brisa corría a pesar de las altas temperaturas del verano, el achacado y enfermo Felipe V murió, dejando la corona a su segundo hijo, Fernando VI, y a su esposa, Bárbara de Braganza.

El amor que se profesaban Fernando y Bárbara era conocido en la realeza; también era conocido por la luna. Todo lo compartían, se contaban sus secretos, se escribían canciones, se acurrucaban bajo la sombra de los árboles para recitarse poemas de amor; eran los mejores amigos que una pareja puede ser.

A los pocos años de su coronación y de conocerse su amor en todos los rincones de la península, Bárbara enfermó y la noche del 25 de agosto de 1758 murió. Tras este suceso, Fernando VI pidió a su hermano, el infante don Luis, con quien guardaba una estrecha relación, que lo trasladase acompañado por él al castillo de Villaviciosa de Odón, transformándolo en un refugio para su dolor.

Fernando pensó que este sería un lugar estupendo para pasar el duelo por la pérdida de su mujer, porque en él, nada le recordaría a ella y podría distraerse con otros quehaceres.

Pero no fue así; a los pocos días de asentarse en el castillo, Fernando paseaba por los jardines al atardecer, seguido por un séquito de silencio. En las noches de verano, mandaba tocar las mismas óperas que a su amada le gustaban, y las notas se perdían en el bosque del castillo como luciérnagas musicales.

Bailaba y corría en ropa interior por el castillo, jugaba a fingir que estaba muerto o a ser un fantasma, envuelto en una sábana. Cada día estaba más delgado y pálido; sus cuidados personales eran escasos. No dormía en la cama, sino sobre dos sillas y un taburete. Mientras esto sucedía en el castillo de Villaviciosa de Odón, por la villa y corte de Madrid circulaban versos que ponían en entredicho el estado de salud mental del rey:

*Si al rey no llega la cura,
¿por qué no actuáis con premura?
Un año ya de oscuridad,
sin su mirada ni su verdad,
y aún seguís, con humildad,
al rey que no guarda ningún tipo de claridad.*

El rey cayó en un mutismo progresivo, abandonando primero las palabras y luego el apetito, hasta rechazar por completo cualquier alimento. Con el tiempo, desarrolló extrañas obsesiones que lo llevaron a recluirse voluntariamente en una habitación diminuta, apenas amueblada con una estrecha cama. Allí, entre esas cuatro paredes desnudas, transcurrieron sus últimos meses, alejado de su país, de sus deberes y, finalmente, de la luz.

Fernando VI murió el 10 de agosto de 1759 en el castillo, un año después de que su esposa lo hiciera, dejando en el aire una pregunta que muchos villaodonenses se hacían: ¿volverán a reencontrarse los amores que se perdieron?

EL INFANTE QUE MÁS AMABA ESTA VILLA

Años más tarde, el infante don Luis, que había acompañado a su hermano Fernando en el castillo durante su último año de vida, compró a su hermano Felipe el condado, convirtiéndose así en el alma borbónica más vinculada a nuestra villa. Bajo su mecenazgo, Ventura Rodríguez daría forma al sublime palacio de Boadilla del Monte, cuyos muros aún guardan el eco de aquel esplendor.

Entre las cacerías reales, el castillo y los jardines de Boadilla, el infante vivió allí sus años más felices.

Del infante don Luis sabemos que trajo a esta villa el arte y la música, además de su amor por la arquitectura. Era campechano y le gustaba rodearse de la gente de la villa; para él, estar con el pueblo y para el pueblo era su forma de demostrar su sangre real.

Un día, Luis recibió una carta de su madre Isabel; era común que su madre le escribiera cartas, sobre todo desde que Luis se había mudado al castillo. Luis sabía que su madre era una enamorada del condado, sobre todo del Real Bosque que rodeaba al castillo y que gracias a ella y a su insistencia, su hermano Felipe había comprado estas tierras.

Pero esta carta no era como las otras; en ella se detallaba algo que parecía ser un acertijo, algo que Luis no supo descifrar, y decía lo siguiente:

«Si la luna llena de plata interrumpe tu sueño una noche de primavera, sal del castillo, camina por el bosque hasta el arroyo, hunde tus pies en él y respira profundo el olor de la noche; las luces del bosque consolarán tu insomnio, calmarán tu lucidez y sentirás de nuevo que el sueño te acompaña. Cuida del bosque y el bosque cuidará de ti».

Luis estuvo varios días intentando descifrar aquel acertijo de su madre; por su cabeza pasaron decenas de escenarios y varias preguntas. ¿Se habría aficionado su madre a los acertijos? ¿Sería la edad de su madre un motivo por el que empezar a preocuparse? ¿La pérdida de su padre habría afectado a su madre más de lo que él se podía imaginar?

Todos esos escenarios y todas esas preguntas que se le amontonaban sin respuesta le llevaban a callejones sin salida; pero, en vez de preguntar a su madre qué quería decir en aquella carta, decidió no darle más importancia y seguir con su feliz vida.

Tras varias semanas de escribir aquella carta, en 1766 Isabel falleció y Luis recibió la noticia a los pocos días con gran consternación.

Fue entonces cuando Luis comenzó a llevar una vida libre de estereotipos reales, y estrechó vínculos con personas del pueblo e incluso llegó a tener una relación con una villaodonense.

Su relación de amistad con un pintor reconocido llevó al hermano de Luis, por aquel entonces el rey de España Carlos III, a querer encauzar la vida de su hermano. Así que, después de buscar alternativas, aceptó para él un matrimonio con Teresa Vallabriga, hija de un capitán del Regimiento de Caballería de Voluntarios de España y la condesa de Torreseca. Para asegurarse de que este enlace no supusiera una amenaza dinástica, el rey privó al matrimonio de su apellido real y de las propiedades de la corte, un acto que cercenó el legado del infante de un solo golpe.

Tras un breve paso por Cadalso de los Vidrios, Arenas de San Pedro sería su último refugio. Entre aquellas paredes de un palacio que mandó construir, bajo los mismos techos que hoy susurran su memoria, el infante cerró los ojos para siempre en 1785, dejando tras de sí un legado de amor por este condado y esta villa que el tiempo no ha podido borrar.

GENERAL MANUEL GODOY

Durante su matrimonio, Luis y Teresa tuvieron dos hijos, Luis María y Antonio María, y dos hijas, María Teresa y María Luisa.

Fue María Teresa quien recuperó el título de condesa de Chinchón y marquesa de Boadilla del Monte, lo que hizo recuperar a la familia el apellido Borbón tras su matrimonio con el poderoso Manuel de Godoy, noble y político español favorito del rey Carlos IV —hijo de Carlos III—, quien fue secretario de Estado y generalísimo de España, lo que convenció al rey de devolver su legado a la familia.

Tal como le hubiera gustado a su padre, el infante don Luis, María Teresa de Borbón fue retratada por el pintor al que más admiraba, Goya, en el cuadro que hoy lleva por título *La condesa de Chinchón*.

En esta villa adquirió un palacio que llevaría su nombre, el Palacio de Godoy, una exquisita obra arquitectónica que guarda entre sus jardines y habitaciones historias de batallas y estrategias políticas de la época.

Tras la Revolución Francesa y la guerra de la Independencia, llegó la caída de Carlos IV y la de Manuel de Godoy, quien fue arrestado y encarcelado en el castillo de Villaviciosa de Odón, propiedad de su esposa Teresa. Una vez liberado de prisión, fue llevado a Francia y nunca más volvió a pisar estas tierras.

EL BOSQUE DE LOS INGENIEROS Y LAS HADAS

El 2 de enero de 1848, restaurado el castillo de nuevo, este volvió a abrir sus puertas, esta vez a la primera Escuela de Ingenieros de Montes, convirtiendo el castillo en un centro de docencia.



Imagen ¹

El primer año, el alumnado llegó entusiasmado para manchar sus cuadernos y botas de barro. La campana del comienzo de las clases sonaba por primera vez en el castillo; el profesorado también se sentía emocionado por ofrecer sus conocimientos a un

¹ Foto: Revista de Montes, Castillo de Villaviciosa de Odón. Sede de 1ª Escuela oficial de Montes

alumnado que quería dedicar su vida al conocimiento y al estudio de los montes españoles.

Aquel fue un día distinto, y no solo para los nuevos habitantes del castillo; en el pueblo se sentían orgullosos de contar con semejante privilegio. Entre las calles y las villas se comentaba que, gracias a esta escuela, los conocimientos del pueblo acerca de la naturaleza crecerían; además, contar con personas jóvenes enriquecidas por los libros y las horas de estudio, amenizaría las conversaciones de los caminos.

En el Real Bosque, algunas de las hadas se mostraban escépticas; se habían reunido en varias ocasiones a pesar de no haber luna llena, pues sabían que este cambio podría llegar a ser una excelente manera de compartir cuidados y conocimientos o podría ser un desastre ya que tener a decenas de personas hurgando por aquí y por allá, podría suponer un estrés añadido para el ecosistema y la biodiversidad del Real Bosque.

Aun así, la gran mayoría de ellas también sentía entusiasmo; las hadas son seres a los que les gusta jugar, aprender y cuidar a partes iguales, y tener nuevos compañeros en estas tres pasiones les infundía una actitud de aún mayor alegría y curiosidad.

Aurora y Celeste, desde que conocieron la noticia, por el día y por la noche besaban las encinas viejas, los pinos y los alcornoques con la luz del sol y de la luna; hablaban con el monte, los prados y las laderas. Les contaban a todos la gran noticia que acontecía en el castillo y que llegarían cambios que se vería representados en unos meses en el Real Bosque. No quedó un rincón que no fuera besado por la luna y el sol, por Celeste y Aurora. Incluso las sámaras de los arces, los fresnos y los olmos que caían al suelo con la llegada del otoño, lo hacían meciéndose con alegría en su descenso.

Náyade y Elara jugaban a reconocer la belleza natural del alumnado. Náyade le pedía a Elara que se reflejara en el arroyo, como si fuera uno de los alumnos de la escuela, para que Náyade pudiera descifrar, con los ojos cerrados, qué aspecto tenía. Se reían a carcajadas cuando Náyade acertaba. Y aquel juego, que comenzó siendo tan inocente, con la práctica diaria hizo que Elara se convirtiera en una experta en cambiar de forma e imitar el físico del alumnado y que Náyade pudiera descifrar el rostro del reflejo de cualquiera que se asomase al arroyo.

Vidia y Lyra tenían a los árboles lustrosos. Vidia soplaba las hojas secas de los árboles del Real Bosque; Lyra las hacía sonar entre ellas y dibujaba melodías en el viento. Los árboles, que se sentían acicalados por estas dos hadas, les agradecían contentos su alegría. Los olmos, que abundaban en las orillas del arroyo, comentaban entre ellos la euforia de las hadas y se prestaban a sus juegos de canciones, ¿qué árbol no querría jugar con un hada?

Flora, sin embargo, se sentía abrumada y muy preocupada; sus conocimientos acerca del suelo la mantenían alerta. Casi todos conocían las bondades de los árboles y sus propiedades, las semillas y su estacionalidad; también se conocía bien la importancia de los arroyos en la zona, pues sin ellos, las huertas y sus riegos no podrían darse. El sol y la luna eran una certeza de cada día y su influencia en el campo era conocida por todas las personas que cultivaban; pero sobre la tierra —su microfauna, su microbiología, sus propiedades y su importancia como cuna de la vida—, aún no se conocía nada.

Es verdad que se hablaba de la fertilidad de la tierra, pero era un concepto muy vago para aquel mundo que se escondía bajo los pies de los habitantes de la tierra. Los organismos —algunos invisibles pero siempre presentes— y su interacción con el entorno —como en los ciclos del carbono o la fijación de nitrógeno— contribuían a la salud del suelo, a la retención de agua y a la descomposición de la materia orgánica; en definitiva, al soporte de la vida en el Real Bosque.

Esto la preocupaba enormemente, porque no sabía si aquel alumnado podría estar a la altura de investigar y respetar el suelo como se necesitaba.

Y así, entre las salas del castillo y sus muros, se comenzaron a estudiar matemáticas sobre tableros de roble y a trazar mapas con tinta mezclada con savia de pino. Fue allí donde aquellos estudiantes, dotados de una singular predisposición para la ecología, aplicaron sus conocimientos, transformando para siempre, de manera extraordinaria, el Real Bosque que rodeaba el castillo.

LAS PRÁCTICAS DE CAMPO CON BERNARDO DE LA TORRE

En 1849, un año después de la apertura de la escuela, se firmó un contrato entre esta y el ayuntamiento, en el que se cedían a los ingenieros veinte de las hectáreas del Real Bosque que se encontraban junto al Arroyo de la Madre. Desde ese momento, esta extensión de bosque se convertiría en un laboratorio y campo de prácticas al aire libre para el alumnado.

Este contrato fue el origen del bosque tal como lo conocemos hoy, pues aquel laboratorio vivo y las manos del alumnado instruidas por los docentes que los acompañaban:

- Diseñaron una red de acequias que brotaban al amanecer, para llevar agua a cada rincón como venas de plata.
- Plantaron especies traídas de medio mundo: robles que hablaban sin parar, cedros que recordaban al Tíbet o castaños de Indias como los de los jardines reales.
- Crearon el primer «banco de semillas» de España, donde cada semilla se catalogaba con la precisión de un joyero.

Una mañana, muy temprano en primavera, el director de la escuela Bernardo de la Torre se encontraba preparando la clase de botánica. Ese día, el profesor Agustín Pascual, que impartía dasonomía, estaba enfermo, así que decidió impartir una clase de botánica al alumnado para que este no se quedara sin clase y sin nada que hacer. Había escogido una zona del Real Bosque en la que el alumnado del curso anterior había plantado diferentes especies traídas de otros lugares.

Entre las especies que quería mostrar al alumnado, se encontraban:

- *Pinus nigra* o pino negro, originario de los Alpes y los Balcanes, que se plantó para estudiar su adaptación a suelos pobres

- *Aesculus hippocastanum* o castaño de Indias, nativo también de los Balcanes, que se sembró en las avenidas del bosque por su gran valor ornamental.
- *Acer platanoides* o arce real, procedente del norte de Europa, que fue plantado para analizar su resistencia al frío.
- *Cedrus deodara* o cedro del Himalaya, nativo del oeste del Himalaya.

Tenía todo preparado meticulosamente para exponer la clase y como aún faltaba al menos una hora para que llegase el alumnado donde los había citado, decidió sentarse a esperar a la orilla del arroyo. Era una mañana fresca; el aire que recorría el surco del arroyo era frío, pero a Bernardo le agradaba mucho sentir esa frescura. Era un militar amante del monte; prefería estar embarrado que encerrado entre cuatro paredes, aunque estas fueran las de un castillo.

Al sentarse, se asomó al agua y vio su reflejo; fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba más dormido de lo que pensaba, pues justo al lado había otra imagen idéntica a la suya. Con urgencia, cogió agua del arroyo con las manos y se la llevó a la cara. Al sentir el contacto del agua en su piel, se sobresaltó; no imaginaba que pudiera estar tan fría. En el instante en que el vello de su cuerpo se erizó, empezó a marearse, perdió el conocimiento y se cayó hacia atrás, golpeando su cabeza con la tierra donde había pequeñas rocas y raíces de un olmo entrelazadas.

—Elara, ¿qué ha pasado? El profesor ha perdido el conocimiento cuando se ha refrescado la cara con el agua del arroyo —dijo Náyade.

—Ay, Naya, creo que he sido yo. Estaba observando su belleza natural y, cuando se ha asomado al arroyo y he visto su rostro reflejado, lo he imitado y creo que me he excedido, pues, si los cálculos y la vista no me fallan, este buen hombre se ha visto doble, como si tuviera un hermano gemelo justo a su lado que también se reflejaba en el agua; ha debido de asustarse mucho —respondió Elara.

—Bueno, creo que yo también tengo algo que ver en este desmayo; su gesto de lavarse la cara con el agua helada me ha producido mucha ternura y he querido abrazarlo, así que, cuando he tocado su cara, mi deseo de abrazarlo ha inundado cada célula de su cuerpo y le ha producido un desmayo —explicó Náyade.

—Bueno, que no cunda el pánico; su vida no corre peligro, las pulsaciones de su corazón van a un ritmo normal y hemos tenido la suerte de que no se ha caído de bruces en el arroyo, ji, ji, ji —se rio Elara.

—Elara, no creo que tener a un hombre desmayado a los pies del arroyo sea gracioso —reprendió Náyade.

—Bueno, si lo es para mí; ahora puedo ver su belleza tal y como es, relajada, sin estrés, sin tensiones en su cuerpo; los cuerpos de personas dormidas guardan una belleza pura y natural, aunque les falta la energía vital; a mí me parecen sublimes —argumentó Elara.

—Mira que eres rarita, hermana —concluyó Náyade.

En ese instante, Bernardo empezó a moverse y, sin abrir los ojos, se tocó el golpe de la cabeza con la mano derecha.

Las dos hadas no sabían muy bien qué hacer, así que se transformaron en luz; a pesar de que la mañana comenzaba a alumbrar, su lucecita aún podía diferenciarse.

Como si alguien tirase de él, Bernardo, sin oponer resistencia, fue reclinado. Al abrir los ojos, se encontró con lo que él creía que eran dos luciérnagas.

Sonrió, porque encontrar dos luciérnagas una mañana tan temprano, en plena primavera, en un Real Bosque de Castilla, no era nada común. Entonces se dirigió a ellas con una curiosidad innata.

—¿Y vosotras dos qué hacéis aquí, pequeñas?

Evidentemente, era una pregunta retórica; sabía que las luciérnagas no hablaban.

Por eso las hadas, que son muy hadas y no entienden de preguntas retóricas ni de lengua castellana, pensaron que Bernardo les estaba preguntando directamente a ellas para que respondieran. Así que contestaron.

—Hola, Bernardo, ¿cómo te sientes? Verás, es que... —comenzó Elara.

Bernardo, que aún estaba mareado, se volvió a tumbar en las raíces de olmo entrelazadas en las rocas, pero esta vez, lo hizo con cuidado, consciente de que podía herirse.

Al escuchar cómo le hablaba una luciérnaga, pensó que estaba viviendo una parálisis del sueño o algo parecido, así que cogió aire profundamente, cerró los ojos y se dio un tiempo para incorporarse de nuevo, esta vez solo, sin la ayuda de las hadas.

—Está bien, bonitas, seguís aquí y no entiendo muy bien por qué, pero os he escuchado hablar y me he asustado. Está claro que el golpe me ha jugado una mala pasada —dijo Bernardo.

—No, Bernardo, no somos luciérnagas, aunque la verdad podríamos serlo, pero tú sabes que las luciérnagas son más de verano que de primavera; eres un experto en la materia —respondió Náyade.

Bernardo, que no conseguía entender qué le estaba pasando, empezó a respirar agitado, pues su primer impulso fue pensar que se estaba volviendo loco: «O me espabilo o vendrán los alumnos y me verán hablando solo; eso podría ser una escena bochornosa y estoy convencido de que me tratarían de loco».

—Querido Bernardo, no te estás volviendo loco; perdónanos, tu caída ha sido provocada por nosotras; la verdad es que no pensábamos ir tan lejos, este juego de los reflejos en el arroyo lo hemos practicado cientos de veces y, al tenerte hoy aquí reflejado en el arroyo, mi hermana Náyade y yo no hemos podido resistirnos a jugar contigo. Claro que, ¿cómo ibas tú a saberlo? —explicó Elara tintineando.

—¿Se puede saber qué narices sois? ¿Por qué podéis hablar? ¿Y por qué yo puedo entenderos? —preguntó Bernardo.

—Bernardo, sabemos que es un poco raro lo que te vamos a contar, pero por favor no te asustes y sobre todo no grites o te alteres; el alumnado no tardará en llegar y nos gustaría poder explicártelo antes de que lleguen —rogó Náyade.

—Somos hadas. Náyade es un hada del agua y vive en él, y yo soy un hada de la belleza de la naturaleza, sostengo la belleza de este bosque. No somos peligrosas, aunque hayamos hecho que te golpease la cabeza con las raíces y las rocas —hablaba

Elara conteniendo la risa que le producía decir que no eran peligrosas cuando Bernardo casi se abre la cabeza por nuestra imprudencia.

—Definitivamente he perdido la cabeza, o parte de ella, en estas raíces de olmo sujetas por las rocas. Bueno, como decimos en mi pueblo, "de perdidos al río". Me gustaría poder estudiaros, ¿es posible que podamos quedar después de la clase que voy a impartir hoy para que me podáis contar qué hacéis exactamente aquí? —propuso Bernardo.

—¿Qué has perdido en el arroyo? No tengo constancia de que se te haya caído nada al agua, pero si me das unos minutos, echo un vistazo —respondió Náyade.

Bernardo, que no pudo contenerse la carcajada, tuvo que taparse la boca al escucharse. Cuando se dio cuenta de que aquellas que no eran luciérnagas parlantes permanecían inmóviles esperando una aclaración, expuso:

—"De perdidos al río" es una expresión; se usa para indicar que, habiendo ya asumido una situación difícil o irreversible, se debe continuar adelante sin importar las consecuencias. Quiero conoceros, entender por qué estáis aquí, ¿sería posible vernos en unas horas? —preguntó de nuevo Bernardo.

Las hadas, que nunca habían barajado la opción de quedar con una persona, se mostraron dudosas, pero como habían provocado ese desmayo a Bernardo, querían dejar claro que no eran peligrosas y que no tenían intenciones ocultas más allá de cuidar el Real Bosque.

Entonces Elara le contestó:

—El tiempo de las hadas no sigue los relojes humanos ni los calendarios por los que vosotros os guiáis. Es un misterio tejido con hilos de rocío y luz de luna, donde los segundos pueden durar siglos y los inviernos pasar en un suspiro.

—Entonces, ¿cómo medís las luciérnagas, digo las hadas, el tiempo? —preguntó Bernardo.

—Fácil, por ejemplo, por el canto de los grillos; cuando el grillo número mil canta su nota más aguda, es hora de cambiar las hojas de los árboles. O por las lágrimas de los álamos, el invierno no llega hasta que el último álamo blanco cierra sus cortezas. También

podemos medirla por el baile de las luciérnagas en verano, que cuando es el solsticio, es cuando para nosotras es un año nuevo —explicó Náyade.

—Comprendo, pues os tengo que pedir un favor. Estoy escuchando a mis alumnos a lo lejos; en minutos estarán aquí. ¿Podéis esconderos? ¿Apagar vuestra lucecita? ¿Y quedaros por aquí? Una vez que se vayan todos, me gustaría seguir conversando con vosotras, pero ahora tengo que dar la clase y si estáis por aquí con vuestra lucecita, vais a distraer al alumnado y creo que no sería buena idea —pidió Bernardo.

—Eso sí podemos hacerlo, Bernardo —respondió Elara.

De repente se apagaron y Bernardo dejó de ver y de escuchar aquellas luces.

Entonces Bernardo, aturdido con aquella experiencia, se levantó, se sacudió el pantalón mojado en algunas zonas por haber permanecido sentado al lado del arroyo, y se dispuso a caminar hacia el espacio donde iba a impartir su clase.

Cuando los alumnos llegaron, Bernardo seguía un poco afectado; parte del alumnado se dio cuenta y uno de ellos le preguntó si se encontraba bien. Él respondió que sí, e invitó al alumnado a centrarse en la clase, pues quería que todos sacasen el máximo provecho de ella. No todos los días podían tener una clase de botánica impartida por la dirección del centro.

Bernardo les contó a sus alumnos que aquel espacio era una olmeda, poblada por *Ulmus minor* u olmo común, y prosiguió:

—La madera del olmo ha sido muy valorada históricamente por sus propiedades físicas y su durabilidad. Algunos de sus usos más destacados incluyen: la construcción naval y las estructuras sumergidas, ya que su madera es muy resistente a la humedad. Como sabéis, se usa para fabricar barcos, muelles y tuberías, aunque este último uso está siendo sustituido por la llegada del metal. En Inglaterra, por ejemplo, se ha empleado en bombas de agua y cañerías por su resistencia a la putrefacción.

Asimismo, es muy apreciada en ebanistería por ser una madera dura, de grano fino y vetado atractivo, ideal para mesas, sillas y tallas decorativas. Tenéis que saber que, en la Edad Media, se usaba para arcas y puertas por su resistencia.

—Señor Calleja, ¿para qué más cree usted que se usa la madera de los olmos? —preguntó Bernardo a un alumno que parecía ensimismado en sus pensamientos.

—Eh, sí, claro. La madera de olmo también se utiliza para herramientas y aperos agrícolas, como, por ejemplo, mangos de hachas, arados y ruedas de carros, por su flexibilidad y resistencia a impactos. Si me permite, me gustaría añadir que se ha usado también para carbón vegetal y leña —respondió Calleja.

—¡Impresionante Calleja! muy buena observación y eso que parecía usted algo despistado —dijo Bernardo antes de seguir con la clase—. No creáis que sus usos terminan aquí; la madera de los olmos también se usa para crear arte y artesanía; un ejemplo de ello son las esculturas o los tornos de alfarería; este último uso es por la estabilidad que ofrece esta madera a la hora de realizar artesanía con barro.

Tenéis que saber que, a pesar de todo lo que acabamos de decir, los olmos, especialmente el olmo común (*Ulmus minor*), desempeñan un papel crucial en los ecosistemas forestales y ribereños, ofreciendo múltiples servicios ecosistémicos que benefician tanto a la biodiversidad como a los seres humanos; sus contribuciones más importantes son:

La estabilización de suelos y protección contra la erosión, gracias a su sistema radicular fuerte. Sus raíces profundas y extensas fijan el suelo, previniendo la erosión en riberas de ríos y laderas. También, son una barrera natural, ya que, en zonas inundables, reducen el arrastre de sedimentos.

La regulación del ciclo hidrológico, ya que absorben y filtran agua, mejorando la calidad del agua en ríos y acuíferos. Además, mitigan inundaciones porque retienen agua en sus raíces y reducen escorrentías.

Además, como todo árbol.

En tercer lugar, contribuyen al secuestro de carbono, almacenando CO₂ en su madera densa y longeva. Y como bien dice el refrán, "a quien buen árbol se arrima, buena sombra le cobija". Los olmos, con su gran porte, cumplen este dicho al pie de la letra: su sombra regula la temperatura, refrescando tanto el suelo como las aguas de los ríos. Este efecto

beneficia directamente a la fauna piscícola y a la microfauna del suelo, que encuentran en este microclima un refugio vital.

Y, cómo no.

Suponen un hábitat y alimento para la biodiversidad de su fauna asociada, como es el caso de aves como el pico picapinos o los herrerillos, que anidan en sus troncos. Un dato curioso y pregunta de examen: también forman parte de su fauna asociada los insectos, pues al menos doscientas especies dependen de ellos en Europa, incluyendo alguna especie de mariposa.

Además de los hongos y líquenes que albergan en sus cortezas, favorecen el crecimiento de flora bajo su sombra, como primulas y helechos, gracias a la humedad que se genera.

Por último, pero no menos importante.

Al ser especies de ribera, funcionan como corredores ecológicos, permitiendo el movimiento de fauna entre hábitats fragmentados.

La clase transcurrió con gran interés por parte de los asistentes, que hacían preguntas y anotaban en sus cuadernos las descripciones que consideraban importantes. Al final de la clase, Bernardo comunicó al alumnado algo que consideraba muy importante para la escuela y para el Real Bosque.

—Antes de que os marchéis a la siguiente clase, quiero comentaros un proyecto para estas veinte hectáreas que el ayuntamiento nos ha cedido. Además del cuidado de la olmeda, se están introduciendo y se introducirán especies no autóctonas para estudiar su relación e interacción con las especies locales. Que no se os olvide que todas las especies son importantes, pues todas ofrecen conocimientos y servicios ecosistémicos al bosque.

El alumnado asintió con la cabeza cuando Bernardo se puso serio en sus últimas indicaciones.

—Muy bien, ya podéis marcharos. Tened cuidado con esas jaras que están brotando; por favor, no las piséis. Andad con cuidado.

Bernardo, exhausto por la clase de dos horas que acababa de impartir, arrastrando un poco los pies y tocándose la protuberancia que comenzaba a salirle en la cabeza por el golpe al desmayarse en la ribera del arroyo, se puso a recoger el material que había usado para la clase, mientras el alumnado desaparecía de su vista y de aquel lugar.

Mientras recogía, repasaba mentalmente cada cosa que había desarrollado en la clase, reconociendo, por su nombre, a algunos de los alumnos que habían mostrado más interés.

Se había olvidado completamente de las hadas; estaba ensimismado repasando cada detalle que él consideraba importante para después anotarlo en su cuaderno de alumnos. Cuando, al agacharse a recoger una pala, una de las hadas, con su lucecita casi imperceptible a aquella hora del día, apareció ante él y dijo:

—Me ha encantado tu clase y toda la información que has expuesto. Por supuesto, había cosas que ya sabía —soy un hada—, pero ignoraba que tú las conocieras. Sin embargo, lo que más me ha impresionado es todo lo que yo no sabía —Elara seguía a Bernardo hablando sin parar.

—Así que no ha sido un sueño. Estáis aquí, sois reales, y eso significa que debo replantearme muchas cosas. Creo que necesito unas vacaciones, y aún quedan meses de clase —respondió Bernardo.

Bernardo seguía recogiendo el material; mientras tanto, Náyade, que no sabía si llorar o reír, preguntó tímidamente a Bernardo:

—Entonces, ¿vais a traer especies de otros lugares para plantarlas? ¿Más de las que ya habéis traído?

—Así es, lucecita brillante —respondió Bernardo, que ya había amontonado todos los materiales en la carretilla para llevarlos de vuelta al castillo.

—Pues, Bernardo, queremos —tenemos— que ayudaros a cuidar de esas especies. La introducción de especies de otros lugares a veces trae consigo disputas por recursos como el agua o los nutrientes; es de suma importancia que esto se haga de forma coordinada y controlada, puesto que, aunque sabemos que la diversidad enriquece

cualquier bosque, los árboles de aquí deben asumir que van a tener que compartir, y algunos no estarán muy conformes —explicó Náyade.

—¿Cómo que necesitan saber? ¿Acaso los árboles del Real Bosque también hablan? —dijo Bernardo abriendo los ojos de par en par.

—Yo no sé por qué a las personas os sorprende tanto que los árboles hablen; son seres vivos, se comunican, ¿acaso podrías tú permanecer mudo toda tu vida por amor al silencio? —preguntó Elara.

—Buena pregunta, la verdad es que es algo que nunca me habría planteado, necesitaría un poco de tiempo para poder contestarte a eso —respondió Bernardo tocándose de nuevo el doloroso chichón que ya asomaba en su cabeza.

—Hablaremos con nuestras hermanas y les contaremos el plan de la escuela; estoy segura de que nos podremos organizar para que vuestro proyecto pueda llevarse a cabo y las especies que habitan el bosque no se alteren ni teman perder el agua que les da de beber o el sol que alimenta sus hojas —propuso Náyade.

—Espera, espera, espera, ¿que sois más lucecitas, digo hadas, las que vivís aquí? ¿Y habláis con las especies vegetales? —dijo Bernardo frunciendo el ceño.

—Somos siete hadas: Celeste, que es un hada de la luna; Aurora, hada del sol; Vidia, hada del viento; Flora, hada de la tierra; Lyra, hada de la música; Elara, que ya la conoces, es el hada de la belleza de la naturaleza; y una servidora, Náyade, que soy el hada del agua —se presentó Náyade.

—¡Esto sí que no me lo esperaba! Bernardo de la Torre, más te vale no contarle a nadie este descubrimiento, porque querrán encerrarte para silenciar lo que a sus ojos no será más que una locura —se dijo Bernardo esta vez apoyando las dos manos en su cabeza y moviéndose erráticamente de un lado a otro.

—Bernardo, sé que puede parecer algo extraño para ti, pero somos la magia que habita en los bosques, la savia que sube de las raíces a las ramas, somos las noches y los días, el agua que alimenta este bosque; sin nosotras, es muy probable que vuestro proyecto de introducir especies de otros lugares aquí no prospere, así que te proponemos lo siguiente.

Cuando la luna alcance su mayor esplendor y el sol se tiña de su último fulgor, baja hasta el arroyo de madrugada y esperanos allí —propuso Elara.

—¡Esperaros! ¿Para qué? —preguntó Bernardo.

—Nos gustaría presentarte a nuestras hermanas; entre todas podremos trazar un mapa de la ruta que vamos a seguir para que vuestro proyecto sea un éxito y este bosque pueda acoger a todas las especies que queréis traer —explicó Náyade.

Bernardo, que no sabía muy bien qué tramaban las hadas, asintió con la mano sujetándose el chichón, y les prometió que allí estaría cuando la luna llena se viese en el cielo.

Al asentir, las hadas y sus luces desaparecieron, dejando un rastro de risitas y una frase que retumbó en el borboteo del arroyo: «Toma una piedra del arroyo y ponla en ese chichón, anda».

Asombrado, Bernardo asintió; la idea le pareció brillante. Agarró una piedra del arroyo y, con su pañuelo de medición, la sujetó sobre el chichón. Luego, empujó la carretilla y emprendió el camino de vuelta al castillo.

Aquella noche Bernardo no pegó ojo; se preguntaba si debía comentarle a su colega Martín el hallazgo con el que se había topado. Sabía que podía confiar en Martín, pero también sabía que, si las cosas fueran al revés, él pensaría que Martín había perdido la cabeza.

DE LO QUE NO SE HABLA NO EXISTE

Se despertó como cada día a las 6:30 a. m., se aseó y bajó a la cocina a prepararse algo de comer; a esa hora los cocineros aún no tenían preparado el desayuno para el alumnado, pero eso a él no le importaba.

Martín era una persona de edad avanzada que había luchado durante años por la creación de la escuela. Gracias a su tesón y a la alianza con Bernardo, este sueño se materializó.

Martín de los Heros, militar y político liberal, había ocupado altos cargos como ministro de la Gobernación e intendente de la Casa Real. Aunque su labor en la escuela era fundamentalmente burocrática, su experiencia como director de la Biblioteca Nacional de España durante tres años le permitía aportar recursos y conocimientos esenciales. Hombre de hábitos precisos, seguía una rutina milimétrica desde el alba hasta el anochecer.

Mientras desayunaba en la cocina, recibió la visita de Bernardo.

—Ilustre Bernardo, madrugar no le sienta muy bien, amigo mío —dijo Martín, esbozando una sonrisa.

—¿Y qué le hace pensar eso, querido Martín? —contestó Bernardo, esbozando a su vez una sonrisa.

—¿Qué te trae por aquí, querido? ¿Algún alumno ha vuelto a hacerte perder los nervios y le has obligado a trasladar el abono de una saca a otra? —preguntó Martín.

Bernardo volvió a sonreír; el recuerdo de aquel enfado, meses atrás, cuando un alumno confundió el humus con el estiércol, le pareció ahora desproporcionado.

—No, amigo, esta vez necesito pedirte un favor. Esta noche hay luna llena y necesito que me acompañes al Arroyo de la Madre. Tengo que enseñarte una parte del proyecto que estamos llevando a cabo, y tengo que hacerlo de noche y con luna llena porque es la única manera en la que puedes ver lo que tengo que enseñarte —explicó Bernardo.

—Bernardo, ¿tú te encuentras bien, verdad? Me refiero, ¿esto no es una treta tuya para que nos escapemos a probar ese vino espumoso del que habla todo el mundo en la villa, verdad? Ya sabes que soy un señor mayor y no acostumbro a beber, y menos a altas horas de la noche —respondió Martín con escepticismo.

—Ja, ja, ja, no, Martín, es cierto que tengo curiosidad por ese vino espumoso, no te lo voy a negar, pero no es eso. Es simplemente que necesito enseñarte algo importante —insistió Bernardo.

—Está bien, querido, nos vemos esta noche a las 4 a. m. en el camino del castillo que lleva al arroyo. Ahora déjame desayunar, que tengo tarea temprana y quiero comer con calma —concluyó Martín.

—Gracias, Martín, que aproveche. Nos vemos esta noche —dijo Bernardo, y salió de la cocina con una energía inusual, haciendo un gesto militar de despedida con la mano.

EL ACUERDO

Martín llegó puntual. Bernardo lo esperaba al principio del camino que llevaba al Arroyo de la Madre.

—Buenas noches, amigo —le dijo Bernardo.

—Buenas noches, querido. Más te vale que lo que tengas que contarme sea lo suficientemente importante como para sacar de la cama a un anciano —le contestó Martín.

—Estoy convencido de que lo que voy a enseñarte será de tu agrado y dejarás de refunfuñar por haber interrumpido tu sueño. Además, mira qué noche tan hermosa. Solo por esta luna que ilumina nuestro camino, ya merece la pena haberse levantado, ¿no crees? —argumentó Bernardo.

—Bueno, bueno, decirle eso a un señor que ha visto más lunas llenas que su propia madre no es muy objetivo, la verdad —respondió Martín.

—Si hoy no consigo emocionarte, te regalo mi colección bélica de miniaturas artísticas —le dijo Bernardo, confiado en que aquella experiencia iba a ser inolvidable para Martín.

—Déjame que me apoye en tu brazo y avancemos hacia el arroyo, fanfarrón. Entre tu charla y mis pasos, tardaremos un buen rato en llegar —expuso Martín, sonriendo de medio lado.

Las siete hadas se reunieron en el mismo lugar donde Elara y Náyade habían conocido a Bernardo. Discutían sobre si aquello sería una buena idea; no obstante, todas estaban de acuerdo en que introducir especies de otros lugares era un tema trascendental que había que abordar.

Cuando debatían sobre la forma que debían adoptar para mantener esa conversación, escucharon a Bernardo y a Martín acercarse. Así que, a toda prisa, decidieron que lo mejor era mostrarse como «lucecitas», como las había llamado Bernardo. Aún no conocían al hombre que lo acompañaba, y era preferible actuar con cautela. Si su intelecto no era lo bastante fuerte para aceptar la existencia de las hadas, más valía que creyera que eran simples luciérnagas adelantadas de la temporada.

—¿Tenemos que bajar hasta el arroyo? —preguntó Martín, sofocado por la caminata.

—Me temo que sí, Martín, pero no te apures, que ya no nos queda nada. ¿Ves ese claro? Pues justo después están los olmos y el Arroyo de la Madre —contestó Bernardo, que ya llevaba el brazo medio dormido de tanto sujetar a su compañero para que no se cayera en el camino de bajada.

Unos metros antes de llegar, Bernardo detuvo en seco a su amigo y, mirándolo fijamente a los ojos, le dijo:

—Lo que vas a ver hoy, probablemente, cambie todo lo que conocías del bosque; no porque lo que conozcas no sea real, sino porque va a sumar a toda tu experiencia y a todos tus conocimientos. Indudablemente, nos hará más ricos, intelectualmente hablando, pero no más conocidos, porque si esto saliera de aquí, no me imagino dónde terminaría nuestra reputación.

—¿No te habrás escapado antes de vernos a probar ese vinito espumoso, verdad? —preguntó Martín.

—Martín, esto es muy serio: no he bebido y necesito que comprendas que este hallazgo no podremos compartirlo con nadie. Deberá ser un secreto entre tú y yo. Nadie más debe conocerlo, porque podría significar el fin de nuestra carrera —el rostro de Bernardo se

tornó grave y rígido; necesitaba que Martín comprendiera que lo que le decía era completamente en serio.

Martín, que, al ver la seriedad y la preocupación en el rostro de Bernardo, se había quedado perplejo, le dijo:

—Está bien, prometo que este conocimiento que vamos a compartir será un secreto entre tú, el bosque, el Arroyo de la Madre y yo.

—Gracias —le dijo Bernardo, y siguieron caminando los metros que les faltaban para llegar al arroyo.

Al llegar a la orilla del arroyo, al lado de donde Bernardo se había desmayado días antes, pararon y buscaron un lugar para sentarse. Bernardo sabía que el estado de salud de su amigo era lo suficientemente frágil como para necesitar tomar asiento, aunque fuera en el suelo, apoyado en un olmo, para enfrentarse a aquello que iba a suceder.

Una vez acomodados junto a un viejo olmo de gran tronco, Bernardo llamó a Elara y a Náyade en voz baja.

Las hadas se rieron de inmediato, y esa risilla suya puso en alerta a Martín, que no pudo evitar preguntar:

—¿Quién va por ahí?

Al instante, un halo de viento formó un pequeño remolino en el aire; el agua del arroyo comenzó a borbotear con intensidad, provocando un compás melódico, a la vez que un haz de luna iluminaba el lugar en el que se encontraban, como si de un escenario de teatro se tratase. Y entonces, la magia irrumpió.

Las hadas aparecieron con sus luces intensas, pero menudas, y, como si de un coro se tratase, todas a la vez saludaron a Bernardo.

Martín se quedó boquiabierto; no pestañeaba. Como si estuviese esperando que aquella escena siguiese desarrollándose, miró a Bernardo, y este le miró a él, esta vez con una

sonrisa y asintiendo con la cabeza; le hizo un gesto con las manos de calma y, después, se dirigió a las siete luces.

—Buenas noches a todas —dijo Bernardo, acompañando el saludo con su mano derecha levantada.

—Os presento a Martín; es un buen amigo. Ambos impulsamos y trabajamos con ahínco para que la escuela se materializara. Ha sido diputado, ministro del Interior y, durante tres años, director de la Biblioteca Nacional de España. Es persona de mi entera confianza, así que podemos hablar con toda libertad —dijo Bernardo para ganarse la confianza de las hadas.

Las hadas saludaron a Martín como lo hace un hada: primero se acercaron a su cara, lo observaron y le tocaron la ropa mientras se reían. Al cabo de un par de minutos, tras un reconocimiento minucioso de su persona, le dijeron ¡hola!

Martín, que no pudo sostener la sonrisa, maravillado por aquellas luces parlantes, les devolvió el saludo y, antes de que formulase la pregunta que todos se hacían al ver unas luces, Bernardo se adelantó.

—Tienes delante de ti a las hadas que habitan este bosque; en otra ocasión te contaré cómo las conocí, pero ahora me gustaría presentártelas. Celeste es un hada de la luna, Aurora es un hada del sol, Vidia es un hada del viento —mientras las presentaba, las lucecitas tintineantes pasaban delante de Martín—. Flora, hada de la tierra; Lyra, hada de la música; Elara, de la belleza de la naturaleza, y Náyade, hada del agua. Y... todas ellas cuidan de este bosque, de las especies animales y vegetales, de los suelos y del arroyo.

—Tenías razón, amigo. Ha merecido la pena este madrugón, aunque no hacía falta tanta presentación. No creo que a nuestras amigas les importen mucho mis títulos y nombramientos —dijo Martín, dirigiéndose a Bernardo.

—Queridas hadas, un placer conocerlas. Me gustaría decir que sois las primeras hadas que conozco, pero en uno de mis viajes a Europa por temas políticos conocí a un hada en el bosque de Bialowieza, que se encuentra entre Polonia y Bielorrusia. Es uno de los bosques más antiguos y mejor conservados de Europa, reconocido por ser el último

bosque primigenio y por albergar una ingente cantidad de especies raras, como el bisonte europeo. En aquella época yo era joven y muy ignorante en materia ecológica, y nuestra interacción fue muy breve porque fui muy torpe.

Conocí a otra hada en la Selva de Irati, un poco más cerca de aquí, en los Pirineos navarros, el segundo hayedo-abetal más extenso y mejor conservado de Europa —dijo alzando el dedo índice—. Recuerdo a Estella con gran cariño; me enseñó mucho acerca de las especies de la zona, además de los valles, ríos, cascadas y praderas de la selva —su voz se tornó cálida, como quien siente nostalgia al recordar un tiempo pasado.

—¿Estás diciendo que... que siempre lo supiste? ¿Y nunca...? —Bernardo no pudo terminar la frase, la sorpresa le cerraba la garganta.

—Claro, Bernardo, ¿te imaginas yendo por ahí contando que he conocido hadas en bosques y selvas? ¿Qué dirían de mi estado de salud mental? La política y la burocracia no están preparadas para la magia que albergan los bosques; a veces no están preparadas ni para protegerlos. Imagínate a un ministerio del Interior divulgando este tipo de anécdotas —comentó Martín, esta vez con un tono que sonaba a reproche—. Lo que nunca podría haber imaginado es que este Real Bosque albergase tanta magia; es cierto que este lugar es increíble y maravilloso.

En ese momento, Elara tintineó, sintiéndose orgullosa de que alguien con tantos conocimientos valorara su esfuerzo por sostener la belleza natural del bosque.

—La biodiversidad que alberga, la composición armónica de sus claros y arboledas, la calidad nutritiva de su suelo... todo es magnífico —Martín subió su entonación para dar énfasis a la calidad del suelo.

Flora, que había tenido tantas dudas acerca de aquello, se sintió aliviada al intuir que Martín sabía de lo que estaba hablando.

—Y el arroyo... este Arroyo de la Madre que, haciendo honor a su nombre, nutre con dedicación cada vida de este mágico lugar.

Náyade, que sabía de lo que hablaba, giró como una peonza de luz e hizo un ruidito de alegría.

—Aunque me temo que, tras llevar aquí algunos meses y estrechar relaciones con algunos villaodonenses terratenientes, he podido percatarme de que su extensión se está viendo mermada por los cultivos de la zona y las nuevas edificaciones; si el instinto no me falla, en un siglo, más o menos, este lugar de ensueño se verá reducido a una pequeña extensión —siguió relatando Martín.

Las hadas proyectaron con su luz lo que Martín relataba y no pudieron evitar sentir pesar al imaginarse el futuro del Real Bosque.

—Nosotras queremos que este lugar perdure en el tiempo; es nuestro hogar. Si el bosque muere, nosotras moriremos con él —dijo Aurora—. Queremos hablar de vuestro proyecto, de convertir este lugar en un campo de prácticas introduciendo especies de otros lugares. Sabemos que es muy ambicioso y que requerirá mucho conocimiento y, sobre todo, que las especies que ya viven aquí logren adaptarse.

Flora intervino:

—Como sabes, Martín, no hay nadie en este bosque que conozca a cada una de las especies de este lugar de forma individual como nosotras; vosotros tenéis los conocimientos científicos, pero nosotras tenemos la temperatura de este ecosistema y sus familias y formaciones: sus árboles, arbustos, flores, animales, aves, mamíferos, insectos. Llevan siglos perteneciendo al bosque y podemos contribuir a que vuestro trabajo de campo prospere y dote a los habitantes que ya viven aquí de una mayor biodiversidad, atrayendo nuevas interrelaciones entre especies; podemos conseguir un bosque aún más lleno de riqueza.

—Pero debemos hacerlo con muchos cuidados, estableciendo un protocolo de cuidados para los habitantes y otro para las especies foráneas que lleguen de otros lugares —añadió Vidia.

—Estoy de acuerdo con vosotras, y me honra poder formar parte de esto y hacerlo con un equipo de profesionales del bosque; solo una cosa: ¿no existe un hada del bosque? Sé que todas sois hadas que cuidáis de este bosque, pero tanto en Bialowieza como en la Selva de Irati había una madre del bosque, un hada originaria del bosque y la selva, un

hada que nació al mismo tiempo que las especies del lugar y que se fue formando con los siglos, tan antigua como el bosque mismo, que es, fue y será —preguntó Martín.

En ese momento, las hadas y su luz dejaron de brillar; el viento, el arroyo y el mismo tiempo se detuvieron; los animales nocturnos interrumpieron sus quehaceres y los árboles comenzaron a crujir. Martín y Bernardo se miraron con los ojos abiertos y las pupilas dilatadas por la oscuridad, pues la luna parecía haberse apagado también.

Una luz plateada comenzó a formarse delante de Bernardo y Martín, mientras ellos permanecían atónitos frente a ella. Poco a poco, la luminosidad se condensó, tomando forma; tras unos segundos, una octava hada emergió ante ellos, tan frágil y poderosa como la naturaleza misma.

Su piel era translúcida, con un brillo perlado, como si la luz del amanecer se filtrara a través de ella. Su cabello, largo y etéreo, ondeaba como la tela de araña bañada en rocío, en tonos de plata y verde musgo. Sus alas, casi transparentes, parecían pétalos de cristal, con venas que brillaban como hilos de estrellas fugaces. Sus ojos, inmensos y luminosos, tenían la profundidad de los charcos del bosque bajo la luna llena: verdes y refulgentes con destellos plateados. Vestía con seda de gusanos, hojas de menta y pétalos de campanilla. Su movimiento era el mismo latir del bosque. Flotaba más que volaba, dejando un rastro de chispas doradas donde sus pies se posaban.

—Efectivamente, Martín, en este bosque también hay un hada del bosque —su voz sonaba a arroyo, a brisa, a primavera, con un eco que parecía venir de todos los rincones del bosque.

El resto de las hadas permanecía en el lugar que les correspondía; cuando el hada del bosque aparecía, ellas le daban paso para que pudiera expresarse, pues sabían que los asuntos más cruciales del bosque eran tratados por ella, que era el mismo bosque, el origen que les dio paso a ellas, como el uno que da paso al dos, el inicio que conduce al desarrollo, o como la semilla que germina para que el brote se abra.

Los árboles, arbustos, flores y pastos se inclinaron en una reverencia vegetal, mientras que los animales —anfibios, aves, reptiles, mamíferos e insectos— emitían un sonido en

una frecuencia singular para el oído humano, apenas perceptible para algunos, pero ensordecedora para otros.

Mientras Martín y Bernardo se tapaban los oídos, poco a poco, el sonido remitió, la luz de la luna volvió a bañar la noche, el arroyo recuperó su murmullo, el viento se suavizó hasta ser brisa, los árboles se irguieron de nuevo y los animales reanudaron sus quehaceres.

Cuando, por fin, Martín y Bernardo pudieron destaparse los oídos, todo parecía en su sitio y, con cara de alivio, se miraron el uno al otro.

Bernardo, que quería saber cómo se llamaba el hada del bosque, le preguntó tímidamente a aquel ser por el que todos los seres, incluso él, sentían un profundo respeto:

—Hola, hada del bosque. ¿Podríamos saber tu nombre?

—Mi nombre es Aelthariel; soy el origen de este bosque, como bien ha expuesto Martín —dijo el hada del bosque—. Todas somos hadas del bosque. Todas somos importantes. Todas nacimos de la luz y somos hijas de la tierra, el agua, la luna, el viento y el sol. Nuestra belleza no es estática, sino que cambia con la vida y la muerte que suceden en este bosque; formamos parte del equilibrio ecológico; somos la proporción exacta que permite la vida y la causa oportuna que conduce a la muerte.

—Encantado, Aelthariel; yo soy Bernardo y él es Martín —dijo Bernardo.

Las hadas rieron y, en su esfuerzo innato por contenerse, volvieron a lucir. Ahora lo hacían alrededor de Aelthariel, como si esta llevase un séquito de luces para alumbrarla en la noche.

Bernardo y Martín sonrieron al escuchar a las hadas reír; se habían percatado de que su risa les anunciaba que el hada del bosque ya los conocía; en realidad, Aelthariel conocía a cada ser que había pisado la tierra de ese bosque. Pero ella no sonrió; esperó a que las risas de los demás terminaran para decir:

—Todas las especies que queráis plantar en este bosque podrán convivir con el resto de especies, pero, como ya os han comentado mis hermanas, necesitamos un protocolo de cuidados, para las nuevas y para las que ya habitan, pues, como sabéis y habéis

estudiado, un bosque diverso es un espacio mucho más fuerte, resistente y capaz de adaptarse a las adversidades. Y esto es algo que nos enriquece a todos y que probablemente sea el motivo por el que este lugar perdure en el tiempo.

—Estoy de acuerdo con tu postura, Aelthariel, y os propongo estudiar juntos la siguiente tanda de semillas de las especies que queremos plantar, para escoger las más sanas y aptas para germinar. Si me permites una apreciación, parece que las que ya hemos plantado, aunque jóvenes, se están adaptando bien al lugar —propuso Martín.

—Su presencia aquí no ha pasado desapercibida, al igual que los rasgos que traen de otras partes del mundo. Como en todo, unas han sido bien recibidas; a otras les costará más adaptarse, y no me refiero a la tierra ni a los nutrientes, sino a la sociedad de olmos y diferentes especies que aquí habitan. Por este motivo he decidido venir esta noche y entablar una conversación con vosotros. Debéis saber que las adaptaciones no son solo al suelo, la luz o la cantidad de agua; las adaptaciones requieren relaciones e interrelaciones con la vida que ya existe. Por favor, tenedlo en cuenta siempre que plantéis una especie en un lugar que no es el suyo originario; de lo contrario, podría producirse un estrés y su consecuente desequilibrio ecológico —explicó Aelthariel.

—Lo comprendemos perfectamente y nos gustaría poder completar nuestros conocimientos con los vuestros. Reconocemos que nuestros conocimientos son limitados. En nuestro afán por comprender, a menudo aislamos lo vivo en un laboratorio, excluyendo los factores que le permiten desarrollarse. Somos, a la vez, humildes curiosos y egoístas en nuestro método —reconoció Bernardo.

—Me alegra sentir que conocéis vuestras debilidades, pues eso hará que reforcéis vuestras fortalezas. Excluir el conocimiento del resto de variables es no tener en cuenta lo que propició al individuo. Os enseñaremos a relacionaros con el Real Bosque, pero debéis saber que es muy importante respetar los espacios de cada una de las especies y pedir permiso para cualquier extracción que se haga en él, en cualquiera de sus elementos y partes —advirtió Aelthariel.

—Lo tendremos en cuenta; no permitiremos que el alumnado extraiga nada del bosque sin vuestro permiso y, si me lo permitís, propongo vernos cada luna llena, para poder tratar los asuntos más relevantes de las nuevas incorporaciones al bosque. Nosotros os

contaremos de dónde vienen, sus bondades y cómo se desarrollan en sus países de origen, y vosotras nos podéis contar cómo se adaptan social y culturalmente al entorno y a los elementos —propuso Martín.

—Que así sea, Martín y Bernardo. ¡Que la diversidad, cultural y genética de este Real Bosque, sea nuestra mayor fortaleza!

Un eco envolvente fue la última señal de su presencia. Martín y Bernardo miraron a su alrededor y, cuando volvieron a mirar a Aelthariel, esta ya no estaba; en su lugar, el resto tintineaba con su luz, erráticas individualmente, pero armónicas en grupo.

A Bernardo aún le costaba comprender que las hadas no se despidieran. Suspiró hondo, y Martín, al oírlo, lo miró. Con un leve descenso de la mirada, le dio a entender que así

eran ellas, y añadió:

—Respetar lo diferente nos hace más resilientes, más inteligentes y más fuertes, como lo será este Real Bosque.

Bernardo volvió a suspirar, pero esta vez con una leve sonrisa en los labios mientras se incorporaba. Tras sacudirse los pantalones, ofreció apoyo a su amigo Martín para levantarse, pero este seguía absorto, imaginándose, mientras miraba «el baile de las hadas», cómo podría lucir el Real Bosque con tantas especies.

Bernardo le pasó una mano por el rostro a Martín y este, como si despertara de un sueño, salió de su embeleso. Con una sonrisa, le tendió la mano para que lo ayudara a levantarse. Una vez se sacudió Martín los pantalones, se dirigió a las hadas para darles las gracias por aquella velada, pero cuando fue a hacerlo, estas dejaron de lucir y se quedó con las palabras en la boca. Entonces soltó una carcajada y dijo:

—Me encantan las hadas. Tan puras, tan libres, tan... ellas. No responden a normas sociales ni protocolos; son pura naturaleza. ¡Tenemos tanto que aprender de ellas! — y en su voz latía un deje de reproche.

—Bueno... ¿y si emprendemos el regreso al castillo? Con un poco de suerte, puedo dormir un par de horas antes de mi próxima clase —preguntó Bernardo.

—Amigo, lo tuyo con Morfeo es una gran historia: duermes más que un lirón, no, espera... que un tejón en hibernación —bromeó Martín.

—Qué va, pero necesito ordenar las ideas, y el sueño es mi mejor aliado. Despertarme tras diez horas de descanso es mi método para clasificar y retener toda la información —explicó Bernardo.

Y así, entre confidencias y risas, Martín y Bernardo emprendieron el camino de vuelta al castillo, donde descansarían unas horas antes de que la sirena de la escuela anunciara el comienzo de una nueva jornada.

UN ARBORETO ÚNICO

Aquella noche fue el comienzo de un arboreto de más de trescientas cincuenta especies diversas, traídas de la península, de Europa y de otros continentes. El cuidado y el cariño con los que los futuros ingenieros transformaron el Real Bosque, y la alianza con las hadas y sus conocimientos, engrandecieron el lugar.

Cada luna llena, las ocho hadas se reunían con Bernardo y Martín para poner orden en las cuestiones que habían acontecido. Las hadas, por un lado, contaban cómo la olmeda en conjunto, e incluso los olmos de forma individual, se adaptaban a las costumbres de las recién llegadas. También compartían los relatos y anécdotas que los propios árboles les transmitían. Flora, como era de esperar, les contaba cómo el suelo iba transformando y enriqueciendo su estructura con la llegada de las nuevas especies; las acacias, por ejemplo, no necesitaban suelos muy ricos para proliferar. Se maravillaba cuando contaba cómo los cedros del Himalaya, cuyo hábitat natural se sitúa entre los mil quinientos y los tres mil quinientos metros de altitud, no paraban de ganar altura; su pasión por ver crecer las especies nuevas en la tierra que había cuidado le hacía sentirse muy feliz. Contaba cómo la red de micelio del suelo había acogido con beneplácito las nuevas raíces y cómo los nuevos árboles enviaban mensajes en su idioma a los olmos, expresándoles su alegría por crecer en un sitio tan precioso como el Real Bosque.

Vidia y Lyra sentían la misma pasión cuando hablaban de cómo el viento hacía sonar nuevas melodías entre las ramas de las nuevas especies; contaban que la música que producían tranquilizaba a los olmos y eso les ayudaba a sentirse confiados con las especies foráneas. Lyra se reía sin parar al relatar cómo un grupo de olmos de la ribera tarareaba las nuevas melodías, y cómo ella les ayudaba a entonarlas para que pudieran imitar a las especies foráneas y sus cantos. Un día, Vidia no pudo contener un viento muy fuerte, y las especies foráneas más jóvenes, con sus troncos aún tiernos, sufrieron el vendaval. Fue entonces cuando los olmos les permitieron apoyarse en sus troncos y ramas, fuertes y robustas, hasta que amainara la ventisca. Lo contaba con lágrimas, emocionada por la conexión tan inusual que se estaba formando entre las especies del lugar.

Náyade se iluminaba intensamente al relatar cómo las raíces de las nuevas especies buscaban las aguas subterráneas. Detallaba cada milímetro de su avance, la suavidad con la que algunas se acercaban a beber y el desconcierto de otras, perdidas en un suelo que no era el suyo. Náyade las ayudaba: abría paso con el agua entre piedras y arena, las tocaba suavemente y las guiaba hasta las profundas masas de agua. Lo que más le impactó fue reconocer que, a pesar de haber tantas especies, la cantidad de agua no mermó; las nuevas sombras y la fauna asociada a las especies contribuían a una mayor abundancia de agua, ya que el suelo ganaba en capacidad de retención hídrica. Esto mitigaba la sequía y generaba prosperidad. Y, como bien sabe un hada, la abundancia se celebra con alegría. Ella lo relataba con la boca llena de gozo, como una niña feliz.

Para Elara, la belleza del Real Bosque había cambiado; los colores, matices, olores y nuevos rasgos traían consigo una belleza que jamás había conocido. Besaba a las nuevas especies, las acariciaba, las abrazaba y las hacía sentirse seguras, pues la belleza que el Real Bosque emanaba era, en realidad, el reflejo de la mirada con la que Elara contemplaba aquel arboreto. Para ella, acicalar con Vidia las flores y hojas secas de cada una de las nuevas especies era asombroso; cada forma sutil de caer al suelo, los mantos de flores, las nuevas formas de los frutos, todo era nuevo y maravillosamente hermoso: un frenesí de formas y bellezas inéditas. Incluso ella lucía hermosa de verse tan gozosa.

Aurora las alimentaba con su luz, llenándolas de energía para la fotosíntesis, el proceso mediante el cual liberaban oxígeno para el Real Bosque; esto atraía a los animales, que

crecían grandes y fuertes por una excelente calidad del aire. Ella les contaba cómo, dependiendo del tamaño de las hojas de las nuevas especies, este proceso era mayor o menor, y cómo, desde su posición en los rayos del sol, podía sentir latir el Real Bosque con cada exhalación de oxígeno de los árboles. Aurora, que comprendía lo importante que era el sol para la vida, bailaba de un lado a otro mientras lucía delante de Martín y Bernardo; estos la seguían con la mirada, moviendo la cabeza al compás de sus idas y venidas, como si observaran el vuelo de una abeja recolectora.

La luna también vio crecer a esas especies foráneas. Celeste contaba cómo la luna influía en las plantas a través de su luz; este reflejo se convertía en un estímulo para la actividad nocturna y la germinación. Ella, que sabía cómo su luz de plata afectaba a las especies, consideraba beneficioso sembrar y trasplantar en luna creciente y llena, para fomentar el crecimiento de partes aéreas (hojas y tallos), mientras que daba prioridad a la luna nueva para labores de mantenimiento, como la poda o la fertilización de raíces, así como para la germinación de plantas de raíz o tubérculo. Su luz se volvía de un plateado más intenso cuando daba sus instrucciones sobre cuándo fertilizar, podar o plantar, y luego soltaba una risa cristalina para asegurarse de que sus consejos se grabaran en la memoria de todos; sabía que la luz de la luna y una buena risa podían engatusar a cualquiera.

Bernardo y Martín, por su parte, contrapuntaban relatando cómo el alumnado, siguiendo aquellas directrices, ponía en práctica lo aprendido; cómo muchos de ellos se implicaban en la germinación, otros en la fertilización u otros en las podas. También les contaban cada nueva especie que querían introducir, y presentaban a las especies, sus lugares de origen y sus formas, ciclos y estacionalidades en una minuciosa y detallada presentación con dibujos y esquemas, para que quedase todo claro.

Cuando recibían visitas de los villaodonenses en la escuela, también se lo contaban a las hadas, pues el pueblo, casi en su totalidad, se sentía muy orgulloso de que el Real Bosque luciera con tanta belleza y tanta diversidad. Se preguntaban si algo así existiría en más lugares y fantaseaban con ser el único Bosque Real con más de trescientas cincuenta especies de árboles.

Sin embargo, no todo eran buenas noticias. La salud de Martín se resquebrajaba un poco más cada año. Las hadas lo colmaban de atenciones cuando lo veían, infundiéndole la sensación de ser un hombre profundamente querido y afortunado, y ayudándolo a transitar la aceptación de su muerte cercana.

Bernardo siempre le restaba importancia a los achaques de Martín; no quería aceptar que su amigo pudiera faltarle algún día. Las hadas, sin embargo, le recordaban que la muerte forma parte de la vida y que, cuando llega el momento, es un ciclo natural que se renueva. Martín sonreía; le hacía especial ilusión imaginar que volvería a ser vida en otra forma, y cerraba los ojos para visualizar cómo sería.

Aelthariel siempre aguardaba a que todas las hadas hablaran y a escuchar las respuestas de los docentes. Solo tras atender con paciencia cada anécdota, cada paso, cada historia que acompañaba el crecimiento del Real Bosque, daba inicio a su propia exposición, en la que relataba cómo cada especie, de forma individual, conseguía adaptarse al conjunto de aquel espacio.

Describía con pulcritud las distintas etapas de su vida. Conocía en qué fase se encontraba cada especie recién plantada, sus orígenes y sus costumbres. Las ayudaba a entender el espacio que habitaban y a conectarse con los ciclos de circulación y transformación de elementos esenciales —como el agua, el carbono, el nitrógeno y el fósforo— entre ellas y su entorno. Las especies lograban adaptarse integrándose activamente en estos ciclos mediante la fotosíntesis, la respiración, la absorción de nutrientes y la descomposición de la materia orgánica, lo que les permitía prosperar en el Real Bosque. Era su maestra, su guía... la encarnación de la sabiduría del bosque.

LA PRIMERA PROMOCIÓN

En 1852, la primera promoción de la Escuela de Ingenieros de Montes abandonó el castillo de nuestra villa. Los veintinueve graduados recibieron el primer título oficial de ingeniería de montes que se expedía en España. Esta titulación les capacitaba para diseñar y gestionar proyectos forestales, además de permitirles el ingreso en el exclusivo cuerpo de ingenieros de montes.

Su sólida formación científica les permitía dominar disciplinas como la biología, la química, la física y las matemáticas. Poseían la capacidad de identificar tanto elementos bióticos como abióticos, además de realizar análisis ecológicos completos de sistemas forestales y paisajísticos.

Estaban cualificados para proteger y restaurar el medio natural mediante técnicas de restauración hidrológico-forestal, conservar la biodiversidad, y evaluar y corregir el impacto ambiental.

Todos esos conocimientos —y muchos más— los habían adquirido en el Real Bosque, donde hadas y profesionales trabajaron codo con codo para crear un arboreto sin igual en la Comunidad de Madrid.

Su legado sentó las bases de la ingeniería forestal moderna al integrar tres pilares fundamentales: la sostenibilidad ambiental, el enfoque multidisciplinar y una visión práctica de la gestión forestal.

Aquel día de primavera, cuando la sirena sonó para anunciar la graduación, las hadas bailaban con los árboles y los animales, grandes y pequeños; el bosque resplandecía con una luz singular. Aunque las especies recién plantadas eran aún jóvenes, el sonido de aquella sirena auguraba un futuro de abundancia tanto para el Real Bosque como para cualquier otro espacio natural que llegara a manos de aquellos ingenieros.

En el castillo, los pasillos se llenaron de rosas de todos los colores; la misma alfombra que antaño recibiera a la realeza vestía ahora de gala el suelo para los graduados.

El pueblo entero se sumó a la celebración. Los villaodonenses, vestidos con sus mejores galas, salieron a la calle para ovacionar a los recién graduados. Entre los aplausos, muchos escondían cierta tristeza: habían forjado lazos con los estudiantes y sabían que, salvo que alguno decidiera quedarse en la villa, era improbable que volvieran a verlos.

Bernardo rebosaba felicidad. Aunque solía mostrarse serio e impasible ante el alumnado, su compostura duró poco: el entusiasmo lo desbordó y salió a las calles de la villa para unirse a la celebración del éxito de quienes tanto se habían esforzado.

Martín no asistió a la graduación; su trabajo como intendente en la Casa Real le dejaba poco tiempo para estar en la escuela y su salud tampoco le permitía movilizarse mucho, así que no pudo acompañar a su amigo Bernardo, aunque le hubiese gustado hacerlo.

MÁS DE 20 AÑOS DE ESCUELA

Durante los veinte años que la escuela permaneció en el castillo, los estudiantes trabajaron codo con codo con las hadas sin ser conscientes de ello. Es cierto que algunos sospechaban que algo extraordinario ocurría en el Real Bosque, especialmente aquellos que procedían de regiones con tradiciones feéricas similares, como las xanas asturianas o las lamias navarras.

Surgían grupos de alumnos, jóvenes de mente curiosa y corazón aventurero, que intentaban dar sentido a lo que a menudo resultaba inexplicable.

Una tarde invernal, al caer el crepúsculo tras la clase de hidráulica, dos alumnos se aventuraron en el bosque con linternas de aceite y brújulas. Movidos por las leyendas locales sobre el encanto nocturno del Real Bosque —donde se decía que brotaba la magia de las hadas—, ansiaban ir más allá de los libros y encontrar una explicación a aquel misterio que tanto les intrigaba.

En el recorrido:

—¡Allí! ¡He visto una luz azul junto al arroyo! —dijo uno.

Al cabo de unos minutos, exclamó el otro: —¿Oyes eso? Parecen risas que vienen de detrás de aquel árbol centenario.

Pero cada indicio de las hadas se esfumaba en el preciso instante en que intentaban catalogar el fenómeno.

A lo largo de los años, los estudiantes persistieron en su empeño por demostrar la existencia de las hadas. Cada promoción añadía nuevos relatos a la leyenda escolar.

Algunos alumnos idearon trampas para capturar hadas, colocando tarros con miel tras escuchar que les apasionaba este manjar. Quienes tenían mentalidad más científica consideraban ingenuo el método, aunque, por si las leyendas contenían algo de verdad,

no desdeñaban espolvorear tiza cerca de los árboles más longevos para obtener sus huellas.

Otros organizaban vigiliat nocturnas donde anotaban supuestos avistamientos que luego atribuían a ilusiones ópticas o al cansancio. Algunos llegaron a distinguir entre las sombras siluetas aladas. Las hadas, divertidas por la ingenuidad de los aprendices, convirtieron aquellas pesquisas en un juego más del bosque: dejaban huellas diminutas en el barro, movían los instrumentos de medición olvidados y llegaron a garabatear signos indescifrables en los cuadernos, esperando que algún estudiante los tomara por escritura feérica.

Los profesores, aunque conocían las leyendas locales, atribuían estos hallazgos al folclore y desacreditaban los relatos de los alumnos. En su lugar, les instaban a emplear ese mismo entusiasmo en la observación metódica del bosque y a distinguir entre evidencia científica y superstición. Algunos incluso incorporaron al plan de estudios la identificación rigurosa de fauna y flora, así como leyes de óptica sobre la refracción de la luz, para explicar racionalmente aquellos "destellos mágicos" de las dichosas vigiliat nocturnas.

Bernardo, en cambio, los animaba a contemplar la niebla enredándose en las ramas de los cedros o el musgo brillando bajo la lluvia. "Ahí reside la verdadera magia —les decía—, la que brota de la tierra y solo se revela a quien la escucha con paciencia".

Nunca se pudo demostrar en la escuela la existencia de las hadas del bosque. Sin embargo, los ingenieros que se graduaban habían aprendido una lección igualmente valiosa: la ciencia no puede explicarlo todo, aunque sigue siendo el instrumento más poderoso para comprender la ecología y la compleja trama de los ecosistemas, especialmente en un lugar tan maravilloso y diverso como el Real Bosque.

UN AMIGO QUE SE VA

La enfermedad de Martín avanzaba lenta y sigilosa. Unas semanas antes de su dimisión, Martín se encontraba en el despacho de Bernardo, frente a un vasto plano del Real Bosque desplegado sobre la mesa. Trazos de tinta negra y roja marcaban las nuevas

zonas de siembra. Con una mano, sujetaba una lupa; con la otra, intentaba trazar un círculo alrededor de un grupo de cedros del Himalaya. De repente, un temblor traicionero, leve pero imparable, surcó su brazo. La lupa se le escapó de los dedos, golpeó el plano con un golpe sordo y rodó por el suelo hasta estrellarse contra la pata de la mesa.

—¡Maldita sea! —la maldición escapó de sus labios en un susurro áspero, cargado de una rabia que no iba dirigida a la lupa, sino a su propio cuerpo, a su propia e irreparable fragilidad.

Bernardo, que trabajaba en silencio al otro lado de la habitación, alzó la vista. No dijo nada. No hacía falta. Vio cómo su amigo apretaba los puños sobre el papel, cómo su espalda, antaño erguida con orgullo militar, se curvaba bajo el peso de la humillación. Martín no miró a Bernardo; clavó la vista en el plano, en aquellas líneas que representaban un mundo de orden y control que su cuerpo ya no le permitía habitar. En el silencio que llenó la estancia, resonó más fuerte que cualquier queja la amarga certeza de que su tiempo en primera línea de batalla, fuera política o forestal, había llegado a su fin.

En 1856, Martín renunció a su cargo de intendente de la Casa Real. Su debilidad lo obligaba a ausentarse durante largas horas, lo que le generaba una profunda ansiedad por no poder desempeñarse a pleno rendimiento. Para un militar, aquello resultaba intolerable; y, aunque había aprendido a perdonarse y a aceptar su enfermedad como parte de sí mismo, la presión de su entorno y su alto cargo lo llevaron a preferir la dimisión.

Su renuncia no lo separó de los asuntos políticos y permaneció siendo consejero de Estado. Este puesto le permitía tener más tiempo para él, pasar más tiempo en casa y, cómo no, escaparse algún día a la escuela a ver a su amigo Bernardo y de paso, pasear por el Real Bosque y visitar a las hadas, con las que había entablado una bonita relación de amistad y cuidados.

A los pocos años de su dimisión, una noche en la que se encontraba de visita en el castillo, bajo una luna llena inmensa, cuyo reflejo parecía bañar todos los confines de la redonda Tierra, Martín bajó al arroyo; necesitaba hablar con las hadas, contarles cómo se sentía. Allí le esperaban las ocho hadas, relucientes, amigables y risueñas con su hermosa luz.

Martín, que siempre les dedicaba una sonrisa de oreja a oreja, en esta ocasión se emocionó hasta las lágrimas. Entre sollozos, les confesó que no solía permitirse llorar, pues un militar, político y liberal debía mantener la compostura en el mundo de los hombres.

Las hadas, asombradas, lo escuchaban con suma atención mientras él se arrepentía de no haber llorado más a menudo. La belleza, la tristeza, la injusticia... tantas emociones le provocaban ganas de llorar, pero la presión social lo contenía. Creía, además, que aquella represión había contribuido, en parte, a su enfermedad.

Elara, que sabía mucho de lágrimas, le dijo:

—Martín, mi querido y amado amigo, las lágrimas son el rocío de la mañana; como sabes, se forma por la condensación del vapor de agua que hay en el aire sobre una superficie fría tras un descenso de la temperatura. Tus lágrimas son la condensación de tu cuerpo cuando una emoción las provoca; así como el rocío suele aparecer en los amaneceres, anunciando el comienzo de un nuevo día, tus lágrimas anuncian la expresión de una emoción que quiere salir, que quiere ser vista para ser calmada. Aquí, con nosotras, puedes llorar, pues somos un lugar seguro para la expresión de tus emociones.

—Lo sé, y así lo siento queridas mías. Ojalá mi vida estuviera llena de espacios seguros donde pudiera hacerlo. La vida de los hombres, en muchas ocasiones, no es propicia para ello y eso hace que hasta entre nosotros mismos veamos mal que otro lo haga —dijo Martín.

—Sabemos que tu vida no ha sido una vida fácil Martín, y nada puede cambiar el dolor que has llevado contigo todos estos años; pero eso quedó atrás. Hoy puedes estar orgulloso entre nosotras, y puedes sentir orgullo, pues has dejado un legado maravilloso con tu insistencia por construir esta escuela. Eres un hombre con mucho coraje, amigo; llora para sanar el alma que no pudo hacerlo cuando lo necesitaba —añadió Vidia.

—Gracias, queridas mías; si os parece bien, me recostaré en este claro mientras charlamos; estoy cansado, esta enfermedad que arrastro me tiene muy bajo de energía —respondió Martín.

Las hadas ayudaron a Martín a recostarse en el claro y volando a su alrededor con sus luces tan brillantes como la luna, escucharon y charlaron con él como una noche más de tantas que habían pasado juntos.

Las hadas le relataban la adaptación de las nuevas especies incorporadas y la evolución de las ya arraigadas, además de compartir anécdotas sobre los estudiantes que intentaban demostrar su existencia. Todos reían a carcajadas cuando alguna contaba cómo jugaban al despiste moviendo los objetos olvidados, o cómo los alumnos, tras largas vigias, llegaban a confundir, la sombra de un simple conejo con la de un hada.

Martín les contó todo acerca de su enfermedad, les habló claro y les expuso que probablemente esa sería la última noche que pudiera visitarlas. Ellas, por el contrario, se mostraban felices de que Martín fuera consciente de su nuevo ciclo de vida y le recordaban la importancia de cambiar de forma, pues los seres humanos eran animales y, como tales, tenían un ciclo que comienza y termina como cualquier otro ser vivo en la tierra. Se muere, pero en la muerte se tiene la oportunidad de transformarse para comenzar un nuevo ciclo, y su alma, la que tanto le preocupaba a Martín, podría quedarse en el mundo de las hadas, si así él lo decidía.

—Amigo, no te apures, nos volveremos a ver y charlaremos como cada luna llena, pues si tu alma quiere permanecer con nosotras, lo hará; no sientas pesar, querido —dijo Celeste.

Al terminar la charla y decidir que ya era el momento de irse, las hadas ayudaron a Martín a levantarse y este se incorporó a duras penas para después ponerse de pie.

Tras sacudirse las hierbas de la ropa, sonrió a sus amigas y estas, con su luz incandescente, se acercaron a su cara surcada por la edad y le acariciaron suavemente las mejillas. Martín cerró los ojos para sentir el calor de la luz, momento en el que Aelthariel, que sentía un profundo respeto y admiración por Martín, le susurró al oído:

—Es normal tener miedo cuando se aproxima un cambio; tienes derecho y el deber de transitar tus emociones. Recuerda, si tu alma quiere, nos veremos pronto amigo.

Martín suspiró profundamente y abrió los ojos y, aunque las hadas siempre se marchaban antes de que pudiera despedirse, esta vez permanecieron allí, inmóviles, hasta que su cansado amigo comenzó su viaje de regreso al castillo.

Días más tarde, Martín falleció en su casa de Madrid; la persona que lo encontró en la cama, sin vida, describió la sonrisa con la que Martín parecía haber fallecido.

LA ESCUELA SE TRASLADA

Como todo en la vida, la escuela en Villaviciosa de Odón cumplió su ciclo. Un Real Decreto del 25 de octubre de 1869 ordenó su traslado a la «primera casa de oficios» de El Escorial, y así, en 1870, cerró sus puertas en la villa para siempre.

Estaba claro que, tras más de veinte años, las circunstancias y el contexto de los ingenieros de montes habían cambiado; el volumen del alumnado había aumentado y esto incrementaba la necesidad de un espacio mayor.

El Escorial era propiedad del Estado y muchas de sus instalaciones estaban vacías y disponibles. Esto permitía un ahorro económico ya que este traslado supondría dejar de pagar los alquileres por el uso del castillo de los Condes de Chinchón.

El traslado también respondía a ventajas prácticas y pedagógicas, pues El Escorial ofrecía mejores instalaciones: un monte propio para experimentación, jardines para cultivos y terrenos más extensos donde realizar prácticas.

El nuevo emplazamiento ofrecía también mejor comunicación con Madrid, simplificando su gestión administrativa. Si bien el Real Bosque poseía una belleza indiscutible, las autoridades consideraron que el entorno de El Escorial resultaba más apropiado para la formación forestal, al ser un espacio natural «propiaamente forestal».

La noticia sumió al pueblo en la consternación. Durante más de veinte años, la escuela había sido fuente de riqueza cultural y social para Villaviciosa de Odón. Entre estudiantes, profesores y vecinos se habían forjado lazos profundos, y la partida de la escuela dejaba un vacío difícil de llenar.

Por entonces era poco común que estudiantes de toda la península se establecieran en una villa, y su presencia abrió una ventana al mundo para los habitantes del lugar. A través de las historias que compartían alumnos y profesores, los villaodonenses descubrieron otros paisajes y costumbres, como los bosques y lagares asturianos donde se elaboraba la sidra.

También descubrieron las tradiciones del sur, como los carnavales de Cádiz donde las agrupaciones musicales cantaban coplas humorísticas y satíricas sobre los sucesos de la ciudad.

De Aragón conocieron la fiesta de la almadía, donde los madereros demostraban cómo transportaban la madera por el Pirineo, acompañado de bailes tradicionales y otras actividades folclóricas.

Muchos se sorprendieron al conocer las fiestas de Talavera de la Reina, donde un alumno les describió los desfiles con trajes típicos y ofrendas a la Virgen del Prado, con carros cargados de flores y dulces. Pero lo que más les asombró fue descubrir su origen en una festividad romana dedicada a la diosa Ceres para celebrar el renacer de la naturaleza.

Pero sin duda, lo que más conmocionó a los villaodonenses fueron las Fallas de Valencia: no podían concebir que los valencianos dedicaran un año a crear obras únicas para después reducirlas a llamas.

Fueron años de enriquecimiento cultural, social y económico, y ahora todo eso se esfumaba, dejando un tremendo vacío en la villa.

Las hadas supieron la noticia al instante —oyeron los gritos de Bernardo en el castillo y, cual gabinete de crisis, celebraron una reunión extraordinaria fuera del plenilunio.

La noticia no pareció afectarles demasiado; las hadas tienen una forma muy especial de enfrentarse a los cambios. No es que no los sientan, sino que comprenden que aceptar la realidad inminente es un camino por el que deben de pasar tarde o temprano, por lo que prefieren comenzar a hacerlo en cuanto conocen el cambio, sin demora.

Bernardo, sin embargo, parecía cansado y triste; su voz temblaba al leer el real decreto y sus manos sujetaban el papel con fuerza desesperada. Sentía rabia por tener que marcharse de aquel lugar, aunque sabía que el cambio beneficiaría a la escuela.

Al terminar la lectura, se echó las manos a la cabeza y se sentó en el suelo preguntándose si el cambio afectaría al Real Bosque que ya lucía esplendoroso con las nuevas especies que habían crecido durante aquellos años.

—Siento que os abandono, que abandono el trabajo, la dedicación, el esfuerzo que hemos hecho todos durante todos estos años, que abandono este real y mágico bosque —dijo Bernardo.

—Bernardo, es normal que tengas todos esos sentimientos; han sido años de mucho trabajo, y dejar algo así sin querer hacerlo tiene que generar mucha frustración. No obstante, nosotras estamos aquí y permaneceremos aquí, siempre que este bosque siga en pie; no podemos irnos de aquí, porque somos bosque y somos reales, como él —respondió Flora.

—Lo sé Flora, sé que vosotras cuidaréis de este precioso lugar, que sois su belleza —dijo, mirando a Elara—, el alimento que las llena de vida —esbozando una sonrisa, acarició la luz de Náyade, Celeste y Aurora—. Pero yo soñaba con ver este lugar crecer —continuó—, y ahora no voy a poder hacerlo porque estaré lejos de aquí.

—Bernardo, un bosque no es solo el lugar donde están los árboles —pronunció Aelthariel con su tono de voz que todo lo inundaba—. Es la semilla que vuela con el viento y crea nuevos bosques. Esta escuela era “un árbol” magnífico. Ahora es tiempo de que sus semillas, tus alumnos, vuelen y creen otros bosques. No es un final, es una dispersión.

—Ya sabes que siempre serás bien recibido aquí —dijo Aurora—. Tú formas parte de este diverso lugar; le has ayudado a crecer y a ser resiliente. Aunque no seas un hada, ya eres del bosque, Bernardo. Tus emociones y sentimientos son importantes, y poco a poco se irán diluyendo como el agua de lluvia en el arroyo. Recuerda que siempre puedes venir a visitarnos.

Lyra y Vidia, que sentían la frustración de Bernardo, entonaron una melodía armoniosa entre las ramas de los olmos y las nuevas especies del lugar. Todos los árboles, pequeños y grandes, se mecieron al unísono con aquel viento. Fue entonces cuando Bernardo escuchó una de las melodías más hermosas de su vida. Se levantó y comenzó a bailar a su compás; arrugó el decreto y lo guardó en su bolsillo para liberar las manos y seguir el ritmo con ellas.

Las hadas se unieron a la danza, y Bernardo, como poseído por aquella música, entonó el himno que solía cantar cuando los alumnos partían de prácticas al Real Bosque desde el castillo, aunque adaptó la letra para dedicárselo a sus amigas.

¡Al campo, marchemos!

Con Celeste y Flora,
y con la risueña Aurora,
las blancas estrellas
su luz atesoran.

¡Subid! A Peñalara,
de nieve vestido,
los rayos dorados
reflejan al sol encendido.

Mirad cómo brota
Náyade con la belleza de Elara,
y baja espumoso,
cual ala plateada,
bañando los riscos,
torrente veloz,
y roca tras roca,
en ritmo feroz.

Cruzando el abismo
con paso audaz,
la cabra ligera
no teme jamás.

Mirad a los pinos,
las copas gigantes

que mece Lyra suave
con trinos vibrantes.
Vidia y Aelthariel,
al pasar, cantan:
«Hoy, amores, el ave
en sus ramas encanta;
mañana irán ellas
cruzando la mar.
¡Oh, campo y estrellas!
¡Eterno cantar!».

Y, entre risas e improvisación, bailaron juntos durante un largo rato.

Bernardo, con el sudor en la frente y el pelo alborotado, les dio las gracias por todos los cuidados y por haber colaborado en hacer real un sueño; les confesó que sin ellas ese proyecto no habría prosperado, pues la labor de socialización que las hadas hicieron con las especies autóctonas y foráneas era algo que las personas no podían hacer.

—¡Si hasta ignoraba que los árboles hablaban! —exclamó Bernardo, pasándose la mano por el cabello.

Las hadas se echaron a reír y le contaron, entre risas, los muchos acentos que ahora había en el bosque gracias a él, y lo importante que había sido para la biodiversidad del espacio su gran obra de arte natural multicultural.

Le contaron cómo los cedros, llegados de grandes altitudes, hablaban pausadamente para hacerse entender; cómo los robles charlaban sin cesar sobre las aves e insectos que encontraban; y cómo los castaños de Indias, originarios de los Balcanes, se indignaban por su equívoco nombre.

Bernardo parecía haberse olvidado de todo y ahora sonreía al escuchar las anécdotas de los árboles. Cansado de bailar se tumbó en el suelo y, escuchando las historias que le contaban sus amigas sobre los árboles del bosque, se quedó dormido.

Al amanecer, Aurora le acarició la cara y Vidia le susurró palabras indescifrables que sintió cálidas en el corazón. Luego, a la luz naciente, se despezó, se levantó, se sacudió la hierba y la arena de la ropa y emprendió el regreso al castillo.

Tenía que recoger sus cosas; la mudanza era algo que le producía mucha pereza y quería hacerlo lo antes posible para no postergarlo.

El último día que Bernardo estuvo en la villa, llevaba las cuatro cosas que le quedaban en un hatillo, arrastraba los pies por el cansancio acumulado y quería llegar a su nuevo destino para poder tomarse unos días de descanso, pero sabía que el pueblo entero lo esperaba para despedirse de él. Así pues, echó una última mirada al bosque desde el castillo y fue a despedirse de todos los villaodonenses que, con mucho cariño, habían preparado una fiesta de despedida para la dirección y el profesorado de la escuela.

Todas las personas del pueblo estaban presentes el día que Bernardo dejó el pueblo; todas quisieron abrazar a aquel hombre que, cuando llegó, parecía serio y preocupado, y que llegó a ser el amigo y confidente de muchos. Le tenían un cariño muy especial y así se lo demostraron.

Bernardo salió del pueblo caminando; quería alejarse de la villa de aquella manera; le parecía una idea romántica dejar atrás más de veinte años de trabajo, de amigas y amigos, de sueños cumplidos, de ciencia, de amor por la naturaleza y de magia. A la salida de la villa, lo recogieron en un carro de caballos para llevarlo a su nuevo destino.

LAS SIGUIENTES DÉCADAS EN EL CASTILLO

Pasaron años hasta que el castillo volviera a ser habitado; en diciembre de 1886, la fortaleza recuperó su uso militar, al instalarse en ella el Colegio de Huérfanos del Cuerpo de Carabineros. Su estancia no duró mucho y a principios del siglo XX, fue trasladado.

Tras la marcha del colegio, en las décadas posteriores, el castillo fue usado como granero y casa de labor.

Durante la Guerra Civil de 1936-1939, la villa sufrió, más que las batallas, la ocupación de unos bandos y otros, que utilizaban el castillo como puesto de mando y observación; y no solo el castillo: también ocuparon algunas de las casas más amplias que existían en la villa, de particulares, para usarlas como hospitales de campaña.

Mientras, en el Real Bosque, las hadas trataban de conservarlo con sus cuidados, aunque la situación bélica y la posguerra influyeron negativamente en él, pues, en vez de tener alumnos interesados en conocer las bondades de la naturaleza, recibían la visita de refugiados temerosos o heridos de muerte. Todo esto, sumado al miedo y al dolor de los habitantes de la villa, propiciaba que las hadas sintieran pesar y melancolía por tiempos pasados.

En 1965, el Estado adquirió el castillo a los descendientes de Carlota, condesa de Chinchón. Tras su restauración, en 1972, pasó a albergar el Archivo Histórico General del Ejército del Aire, función que mantiene en la actualidad.

LA ESCUELA DE CAPATACES Y EL IES

Fueron años muy inciertos para el Real Bosque; de hecho, su título cayó en el olvido durante todos los años en los que el castillo iba y venía de mano en mano, desde que la Escuela de Ingenieros de Montes fue trasladada.

Pero la historia es tan cruda como auténtica, y lo que se ve como una tragedia, con los años, puede convertirse en comedia; así que a pesar del abandono y del olvido que sufrió el Real Bosque, en 1954, la Diputación Provincial de Madrid creó en nuestra villa la primera Escuela de Capataces Forestales de España y en febrero de 1956 se titularon los primeros capataces forestales.

El centro se construyó en la linde del Real Bosque, a escasos metros del castillo de la villa; en esta ocasión, la escuela que tomaría el relevo del cuidado del Real Bosque no se desarrolló en el castillo, sino que se planteó y se edificó fuera de él, y este, probablemente sea el motivo por el que el centro hoy sigue ejerciendo sus funciones.

Desde que Bernardo dejó la villa hasta que el nuevo centro de capataces forestales comenzó sus andaduras en el Real Bosque, algunas de las especies que fueron traídas y plantadas en él sufrieron enfermedades; otras autóctonas, como los olmos, padecieron un duro golpe, pues la grafiosis, una enfermedad fúngica que afecta a esta especie, hizo que millones de olmos enfermaran y murieran.

Muchos de estos ejemplares que enfermaron, tuvieron que ser talados para prevenir la propagación de enfermedades a otros árboles sanos, también para reducir el riesgo de incendios forestales, ya que, al eliminar la madera enferma o muerta, se reduce el combustible, evitando peligros indeseados para el espacio.

El Real Bosque resistió estoicamente la pérdida de su biodiversidad, pero recobró los cuidados de la mano de los capataces forestales.

Las hadas, que en un tiempo temieron por la salud del bosque, pues habían tenido que acompañar en la enfermedad a muchos de sus amigos los árboles, sabían que el trabajo codo con codo con su amigo Bernardo y el alumnado de la escuela había sido un pilar para la resiliencia del lugar, pues si aquel bosque solo hubiese sido una olmeda, ahora viviría una realidad mucho más cruda y dolorosa, quizá hasta su propia desaparición.

A pesar de los cuidados de las hadas y los capataces, el aumento de la población de la villa creció en la década de los 90, y esto propició que se construyeran nuevas casas y edificios para acoger la demanda de la población que quería vivir en una villa con belleza y riqueza cultural e histórica, por lo que pasó de ser un bosque a ser un pequeño bosque en el centro de la villa; este hecho hizo que, en muchas ocasiones, el Arroyo de la Madre sufriera vertidos, alterando el equilibrio de sus aguas y afectando a las especies vegetales y animales del lugar. Las urbanizaciones construidas en la villa, cerca del arroyo, contribuyeron también a una disminución significativa de su caudal, al afectar a las fuentes de agua que lo alimentaban.

En 1999, un nuevo Real Decreto convirtió el Centro de Capataces en el Instituto de Educación Secundaria Centro de Capacitación Agraria, con enseñanzas y titulaciones superiores en Gestión de Recursos Naturales y Paisajismo.

En 2022 se sumó una nueva enseñanza al centro: la titulación superior de Educación y Control Ambiental.

El conjunto de estas titulaciones hace posible que el cuidado del Real Bosque «El Forestal» sea mayor. El alumnado y el profesorado se esfuerzan cada día por repoblar el espacio, por mantener las podas activas y por detectar cualquier indicio de contaminación y anomalía en el lugar.

La nueva concejalía de Medio Ambiente se encuentra invirtiendo recursos técnicos, económicos, educativos y ambientales en proteger y adecuar el lugar para que sea un espacio de disfrute y paz para todas las personas que quieran visitarlo.

El Real Bosque sigue en constante evolución, con mucha historia y con mucha vida en las cortezas de sus árboles y en sus rincones, gracias a la labor del conjunto humano y técnico que lo sostiene.

LA MAGIA DEL REAL BOSQUE, EL FORESTAL

Bajo la luz plateada de la luna, cuando los últimos rayos del sol se despiden del día entre las copas de los árboles más longevos, el Real Bosque «El Forestal» de Villaviciosa de Odón respira con vida propia, antigua y sabia. Sus senderos, diseñados con precisión geométrica por manos sabias y mágicas, serpentean entre árboles que susurran historias en un lenguaje que solo los corazones quietos pueden entender.

A pesar de los siglos, las guerras, las enfermedades y el avance imparable del tiempo, la magia del Real Bosque —«El Forestal»— sigue viva. No es una magia de trucos o ilusiones, sino una fuerza que perdura en el tiempo, un pulso constante que late en las raíces, en el agua del Arroyo de la Madre, en las hojas y flores que caen y renacen cada primavera.

Las hadas —Celeste, Aurora, Vidia, Flora, Lyra, Elara, Náyade y la sabia Aelthariel— ya no se muestran abiertamente como aquella noche en que se revelaron a la reina o como cuando se reunían con Bernardo y Martín para crear más vida dentro del lugar. Pero su presencia se siente en cada rincón: en el brillo fugaz de una luciérnaga que no es luciérnaga, en el susurro del viento que mece las ramas con melodías antiguas, en el aroma dulce de manzana silvestre donde no crece ningún manzano.

Los árboles, aquellos mismos que un día trajeron de lejos los ingenieros de montes, siguen aquí. Algunos son centenarios, testigos mudos de promociones de estudiantes, de amores reales, de guerras y de paz. Y si te acercas con respeto y cierras los ojos, quizá sientas su voz: un eco lento y profundo que habla de tierras lejanas, de adaptaciones lentas, de amistades entre especies que nunca se hubieran conocido de no ser por el sueño de unos pocos.

El escudo de Villaviciosa de Odón no es solo un símbolo heráldico; es un relato tallado en colores y formas. El castillo dorado sobre fondo rojo recuerda a los señores que gobernaron estas tierras. Las tres flores de lis azules honran a los Borbones, que premiaron la lealtad del pueblo. Pero son el hacha y el pico, cruzados como espadas, los que guardan el secreto más profundo: un homenaje eterno a la Escuela de Ingenieros de Montes, a aquellos hombres y mujeres que entendieron que un bosque no es solo un conjunto de árboles, sino un ser vivo que merece ser escuchado, estudiado y amado.

Esas herramientas no representan la tala, sino la sabiduría: el hacha que poda con cuidado, el pico que abre acequias que aún hoy riegan la tierra. Son un recordatorio de que los bosques se defienden con conocimiento, con manos que trabajan con respeto y con corazones que saben que la verdadera magia está en la naturaleza misma.

Hoy, el Real Bosque es un refugio: un lugar donde la infancia aún persigue sombras aladas entre los árboles; donde los amantes pasean junto al arroyo buscando la fuente del Caño Dorado —dicen que quien bebe de sus aguas encuentra el amor—, y donde los mayores recuerdan viejas historias de hadas e ingenieros.

Si caminas en silencio al atardecer, quizá encuentres huellas diminutas en el barro junto a los cedros. O tal vez veas un montón de flores frescas al pie de un olmo, como si alguien —o algo— las hubiera puesto allí expresamente. No son casualidades, ¿o sí?

Porque en Villaviciosa de Odón, la historia está viva, late en cada piedra, en cada hoja, en cada gota de rocío. El Real Bosque sigue aquí, resistiendo, recordándonos que hubo un tiempo en que humanos y hadas trabajaron juntos para crear algo eterno.

Y tal vez, si prestas mucha atención, oigas una risa menuda entre las ramas, o sientas una brisa cálida en pleno invierno... y comprendas que, en este lugar, la magia nunca se fue; solo espera, paciente, a que un corazón creyente pase por donde ella sucede para poder mostrarse.

Glosario de términos

Almenas: Partes superiores de los muros de castillos y fortalezas, con salientes y entrantes, para protegerse.

Calatalifa: Topónimo árabe que significa "Castillo del Califa".

Comuneros: Integrantes del movimiento de rebelión (Guerra de las Comunidades de Castilla) contra el rey Carlos I en el s. XVI.

Dasonomía: Ciencia que se ocupa de la gestión y cultivo de los bosques. (Muy bien integrado en el texto).

Emir: Título de gobierno utilizado en países árabes, equivalente a "príncipe" o "gobernador".

Sámaras: Fruto seco con una expansión en forma de ala (como los "helicópteros" de los olmos o arces).

Ulmus minor: Nombre científico del olmo común, especie arbórea muy presente en la historia.

Guerra de Sucesión Española: Conflicto internacional (1701-1713) por la sucesión al trono español tras la muerte de Carlos II.

Arboreto: Jardín botánico dedicado primordialmente a árboles y otras plantas leñosas.

Grafiosis: Enfermedad fúngica devastadora que afecta a los olmos, transmitida por escarabajos.

Hidráulica: Rama de la física que estudia el comportamiento de los fluidos (como el agua).

Intendente de la Casa Real: Cargo de alta administración y gestión en la corte real.

Micelio: Red de filamentos que forma la parte vegetativa de un hongo, crucial para la salud del suelo.

Resiliencia (ecológica): Capacidad de un ecosistema para recuperarse después de una perturbación.

Xanas / Lamias: Criaturas mitológicas de la tradición asturiana y vasca, respectivamente, a menudo asociadas a fuentes y ríos, similares a hadas o ninfas.

RESEÑA HISTÓRICA DE VILLAVICIOSA DE ODÓN

El término de Villaviciosa de Odón, cuyo nombre aparece ya en fuentes del siglo XVI, destaca por la presencia humana desde la Prehistoria (restos faunísticos del Pleistoceno en “El Bosque”) y se prolonga a través de una villa romana (Agostadero, La Pingarrona), una necrópolis visigoda (La Vega, M-501) y el asentamiento árabe de Calatalifa (siglo X). La Edad Moderna deja sus restos más visibles en el Castillo de los Condes de Chinchón.

Hasta 1480 el municipio fue realengo segoviano. En ese año los Reyes Católicos la segregaron, le concedieron carta de villazgo y la donaron en señorío a sus fieles servidores Andrés Cabrera y Beatriz de Bobadilla, marqueses de Moya. Su nieto, el III Conde de Chinchón, transformó la antigua fortaleza del s. XV (destruida por los comuneros en 1521) en un palacio-renacentista de corte italiano, atrayendo la estancia de Felipe II y, más tarde, la visita de Felipe III para la inauguración del Convento de Franciscanos que los condes patronizaban. La economía local se vio favorecida por las posesiones del condado al solicitar administradores, jornaleros, artesanos y arrieros.

Extinta la línea directa a fines del siglo XVII, el título y los dominios recayeron en una rama italiana y, tras pleitos y embargos, fueron enajenados en 1738. Felipe V los adquirió para su hijo el infante don Felipe, declarando la finca “Bosque Real” (1739) y proyectando una residencia versallesca que sólo se concretó en jardines, huertos y casas para el personal de servicios. La proximidad real atrajo a la nobleza cortesana (condes de Murillo, marqueses de Montesacro y Grimaldo), duplicando el número de casonas y jardines.

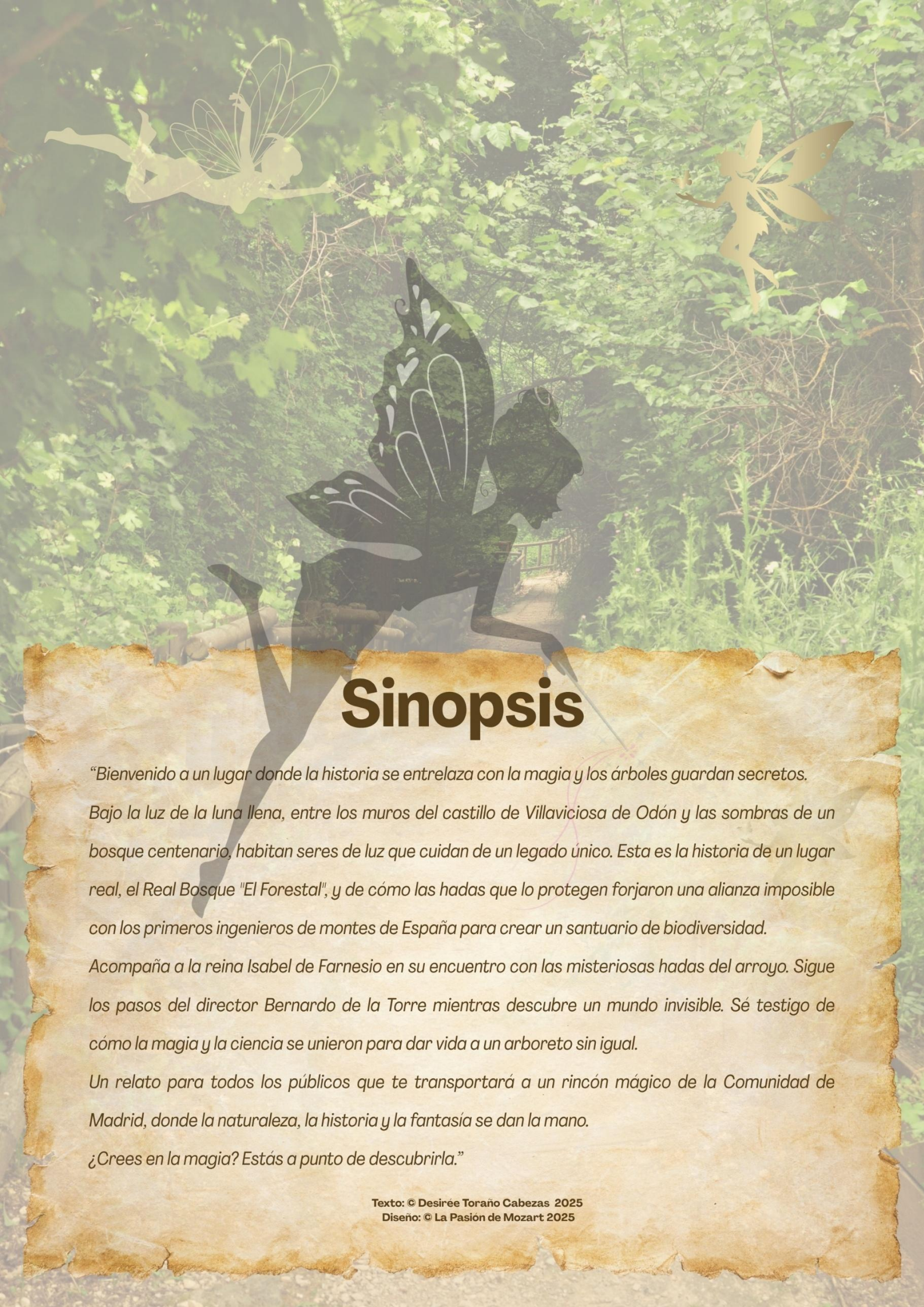
El momento culminante se vivió entre 1758 y 1759, cuando Fernando VI, apenado por la muerte de Bárbara de Braganza, trasladó su corte a Villaviciosa. Durante este período el pueblo acogió a ministros, embajadores, artistas (Farinelli), médicos y espías; se iluminaron casas y fachadas, se acondicionaron calles y se multiplicaron los talleres y posadas. La muerte del monarca en el palacio (10 de agosto de 1759) marcó el fin de la función cortesana, aunque siguió sirviendo de cazadero real y Carlos III como gratitud recompensó a la villa con dos años de exención fiscal.

En el siglo XIX el castillo fue prisión de Manuel Godoy (1808). A partir de 1846 albergó la primera Escuela de Ingenieros de Montes, origen del actual monte Forestal. Tras el traslado de la escuela a El Escorial (1870), el edificio acogió el Colegio de Huérfanos de Carabineros (1886). En 1966 pasó al Estado y en 1972 se inauguró como Archivo Histórico del Ejército del Aire, función que conserva.

En síntesis, Villaviciosa de Odón ha estado presente en grandes acontecimientos de la historia de España. Su trazado urbano, salpicado de casonas y jardines, el Bosque Real, el monte Forestal creado por los ingenieros de montes y la presencia de reyes, primeros ministros, artistas, catedráticos y estudiantes, han configurado un paisaje urbano y forestal único en la Comunidad de Madrid.

Inés Mª Arenas Murillo

ARCHIVERA MUNICIPAL



Sinopsis

“Bienvenido a un lugar donde la historia se entrelaza con la magia y los árboles guardan secretos.

Bajo la luz de la luna llena, entre los muros del castillo de Villaviciosa de Odón y las sombras de un bosque centenario, habitan seres de luz que cuidan de un legado único. Esta es la historia de un lugar real, el Real Bosque "El Forestal", y de cómo las hadas que lo protegen forjaron una alianza imposible con los primeros ingenieros de montes de España para crear un santuario de biodiversidad.

Acompaña a la reina Isabel de Farnesio en su encuentro con las misteriosas hadas del arroyo. Sigue los pasos del director Bernardo de la Torre mientras descubre un mundo invisible. Sé testigo de cómo la magia y la ciencia se unieron para dar vida a un arboreto sin igual.

Un relato para todos los públicos que te transportará a un rincón mágico de la Comunidad de Madrid, donde la naturaleza, la historia y la fantasía se dan la mano.

¿Crees en la magia? Estás a punto de descubrirla.”